

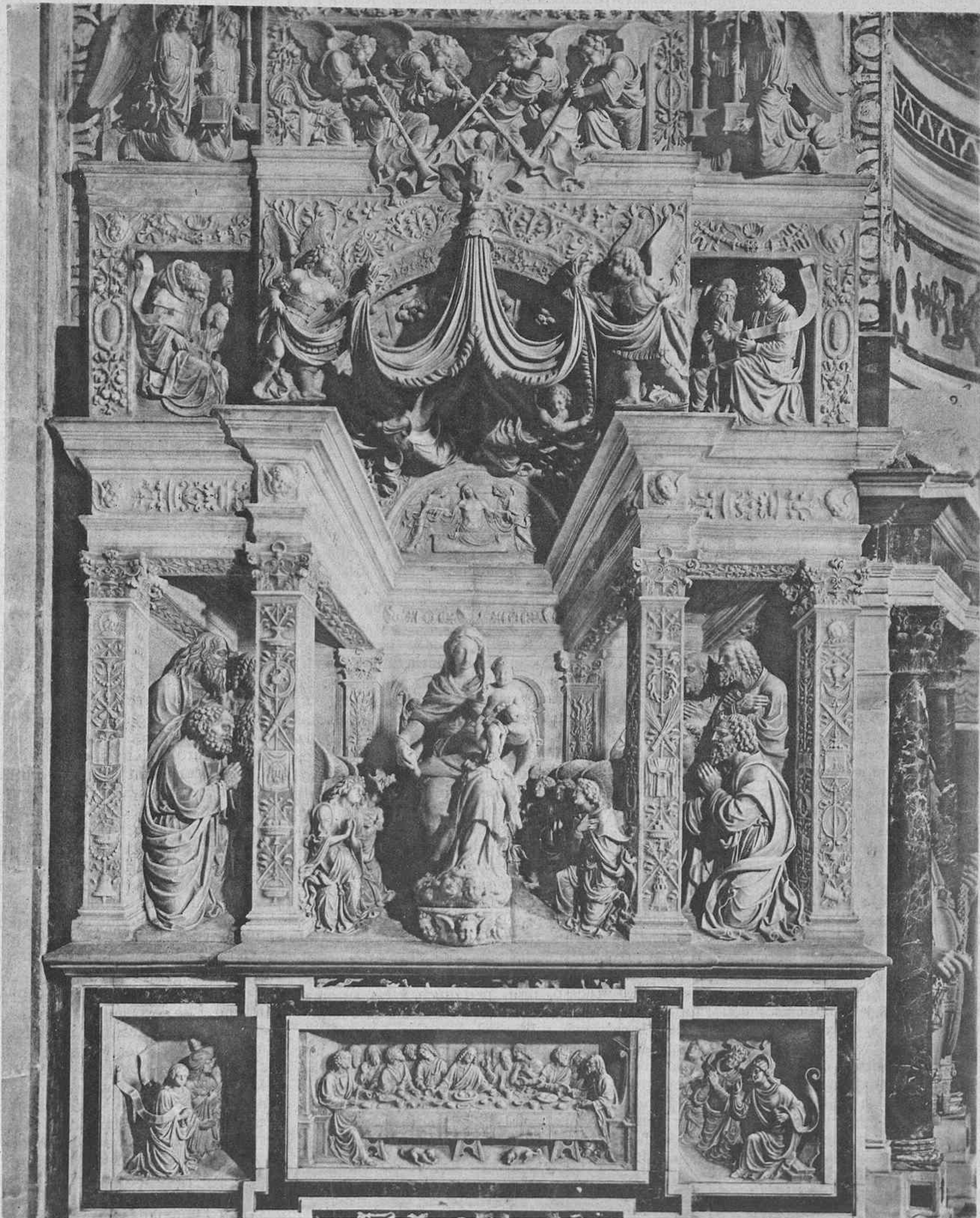
La Ilustración Artística

Año XVII

← BARCELONA 7 DE NOVIEMBRE DE 1898 →

Núm. 880

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ESCULTURAS DEL CORO DE LA CARTUJA DE PAVÍA, obra de Esteban da Sesto

SUMARIO

Texto. — *Murmuraciones europeas*, por D. Emilio Castelar. — *D. Juan Valera*, por Kasabal. — *Amor paternal*, por Eduardo Zamacois. — *Viaje del emperador de Alemania á Palestina*, por X. — *Nuestros grabados.* — *Miscelánea.* — *Problema de ajedrez.* — *Mentira sublime*, novela (continuación). — *Transporte de elefantes en la India*, por X. — Libros enviados á esta Redacción por autores ó editores.

Grabados. — *Esculturas del coro de la Cartuja de Pavía*, obra de Esteban da Sesto. — *D. Juan Valera.* — *El ejército chileno*, grupo de ocho grabados. — *El yate imperial «Hohenzollern» en el puerto de Venecia.* — *El kiosco Merassim*, construido ex profeso para alojamiento de los emperadores alemanes en Constantinopla. — *El yate imperial «Hohenzollern» á la vista de Scutari, Bósforo.* — *Los emperadores dirigiéndose á visitar la escuela alemana en Pera.* — *Mme. Vigie Lebrún*, retrato pintado por ella misma. — *Encuentro inesperado*, dibujo original de Mariano Pedrero. — *El pintor francés Puvis de Chavannes.* — *Tarcisius*, escultura de Celestino Devesa. — *La Purísima Concepción*, escultura de Rafael Atché. — *Transporte de elefantes en la India.* — *La Virgen en adoración*, fragmento del cuadro de Fra Filippo Lippi.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

La cuestión Dreyfus. — Natural sencillez de esta cuestión. — Su exacerbamiento por las pasiones en lucha. — Es una cuestión legal y no una cuestión política. — Dificultades que promueve. — Fácil solución que tiene. — Confianza en el Tribunal Supremo. — Conclusión.

Los asuntos franceses tienen un privilegio de que no gozan los demás asuntos europeos, el privilegio de interesar por igual á todos los pueblos cultos. No conozco problema de tan fácil y sencilla solución como el problema relativo á la culpabilidad ó inocencia del desdichado Dreyfus. Enmaráñanlo, sin embargo, con sus pasiones los franceses; y ya tenéis, respecto de tal problema sencillo, un enmarañamiento general en la opinión europea. Muchos periódicos de allende regatean á los extranjeros el derecho de crítica y examen sobre tal trágico asunto, como si pudiera imponerse forzado silencio á la conciencia humana. Yo quisiera que tales periodistas se asomaran á las naciones vecinas; verían disputar á los extranjeros como ellos disputan, arder como ellos arden, tronar como ellos truenan, vociferar como ellos vociferan, sobre si el militar judío merece ó no la isla del Diablo, y sobre si está bien ó mal fundada su condena. En ciudad occidental de los últimos límites europeos, dos consocios de círculo mundano se tiran diariamente los trastos á la cabeza, como aquí decimos, porque uno quiere la revisión y otro la intangibilidad del proceso Dreyfus. Casas españolas hay donde se ha prohibido tal tesis de conversación en las familias, á causa de que riñen por tema tal que no les importa, como nunca riñeron por lo que les importa, por asuntos propios, familiares, domésticos. Los mayores compadres descompadran por si asiste ó no asiste la razón á Zola en su empresa de rescatar al cautivo. Yo de mí sé decir que tal problema siempre me ha interesado poco; primero, porque me ha parecido un problema puramente personal, y después, porque no he comprendido jamás lo que ha pasado en tal asunto, envuelto por sombras espesas de misterio y manchado con tachas indelebles de falsedad.

* *

Al intrincado laberinto de Minos esa cuestión se parece, pues no hay madeja más enredada, ni rompecabezas más fastidioso en todo el mundo. Las fábulas se suceden á las fábulas, los cuentos á los cuentos. Hay quien dice que la traición del pobre Dreyfus está patentísima en las notas secretas del embajador de Francia en Berlín, porque así le consta de investigaciones infalibles y de noticias incontestables. Hay quien dice que se llevaron los informes secretos del ministerio de la Guerra francés sobre los respectivos aprestos militares de Alemania y Francia, en un saco, á la embajada de Guillermo II, y que allí la policía parisiense fué, robó el saco, fotografió los papeles más capitales, y luego los devolvió al sitio donde se hallaban. Hay quien dice que no existe fundamento para el proceso y la condena; que todo lo acumulado sobre la cabeza del reo, resulta obra maquiavélica de unos falsificadores sin conciencia. Pero nada podemos afirmar porque todo yace allí en el más profundo secreto. A cualquiera se le puede dar el enredo, al más diestro, al más hábil de los enredadores é intrigantes, y ¡vive Dios que no lo desenredará! Imposible sacar nada

en limpio de las minutas del uno, de los informes del otro, de las mentiras forjadas por estos aquí, de los falsos testimonios levantados por aquellos allá, de las sesiones inquisitoriales celebradas por un tribunal mudo, de las escenas cómicas en que aparecen damas con rebozo y velo como en cualquier comedia nuestra de capa y espada, pues la razón desvaría y el juicio flaquea entre tales incidencias sin explicación, declaraciones sin tasa, rumores sin fundamento, calumnias sin motivo, que concluyen produciendo y justificando el terrible suicidio de un coronel descarriado y arrepentido, que acalla su conciencia y limpia su afrenta en brazos de una voluntaria muerte.

* *

Tienen los franceses un estadista muy extraño, á quien yo nunca he podido comprender con claridad por más que lo estudiara con cuidado. Este conspicuo estadista se llama Cavaignac. Hijo del célebre general que inmolara tantos jornaleros franceses en las tremendas jornadas de junio el año cuarenta y ocho, debíamos creer que su nombre y significación lo hacían irreconciliable con el socialismo; y sin embargo, socialista es, pues quiere una de las fórmulas más perturbadoras, de antiguo profesada por esta escuela sofista; quiere nada menos que el impuesto progresivo sobre la renta, cuyas aplicaciones habían de traer tarde ó temprano el despojo universal. Si Cavaignac profesa el dogma republicano porque lo profesaran sus progenitores, el ilustre y ensangrentado padre, general de la República, y su entusiasta y heroico tío Godofredo, de la República inspirado apóstol, debía también profesar el anti-socialismo, porque los socialistas han anatematizado con anatemas que trascenderán á la Historia su heredada sangre y su ilustre cognomen. Pero Cavaignac, obligadísimo á ser un republicano conservador muy ardiente, y desobligado con el militante socialismo, así como revela esta contradicción en su historia, revela otra contradicción no menos original en su política, un apego muy grande á las ideas radicales y un apego todavía mayor á dogma tan reaccionario y tan falso como la infalibilidad pontificia del ejército francés. Para Cavaignac, Dreyfus tiene que aparecer criminal y traidor; tiene que purgar su culpa en el infierno de las prisiones tropicales; no hay para él redención posible, porque lo ha condenado á reclusión perpetua un tribunal militar, siquier haya sido por procedimientos misteriosos é inquisitoriales, en irrevocable sentencia.

* *

Y así, un día se levantó en plena Cámara y dijo que podía poner la mano en el fuego por la culpabilidad indisputable del justamente condenado y justamente cautivo traidor Dreyfus. Para probarlo, en alta voz leyó un papel que consideraba prueba definitiva por lo fehaciente y clara. Parecía tras tal discurso en la Cámara terminado en la nación todo propósito de volver sobre la sentencia del reo, cuando un coronel llamado Henry, preso por motivo de esta causa en que interviniera, se pega un pistoletazo en la sien dentro de su prisión, declarando que aquella prueba dada por Cavaignac en la tribuna era un papel mojado, pues lo falsificara él mismo, víctima de insufribles obyurgaciones altísimas; y como un falsificador no debe vivir entre las gentes honradas y no debe presentarse ante la sociedad á quien mancha y afea, se desasía de la vida, se suicidaba, por no poder sufrir sobre su cráneo la gravedad y el peso de su remordimiento. Imaginaos cuál impresión produciría este suceso trágico en el temperamento nervioso de los franceses exaltados. Mientras todo el mundo proclamaba la culpabilidad del reo después de las arengas del ministro, al verlas desmentidas y revocadas en sus pruebas y documentos más trascendentales, pidió todo el mundo la revisión del proceso, pues pertenece á los axiomas jurídicos de mayor crédito aquel que afirma ser preferible la salvación y libertad de cien criminales redomados y reincidentes á la condenación de una sola y verdadera inocencia. El empuje dado por los enemigos del reo fuera tan imperioso y decisivo, que los franceses daban por firme y definitiva la sentencia; mientras ahora, tras las declaraciones testamentarias del suicida coronel Henry, todos los franceses, su mayor parte, quieren la revisión.

* *

Y así digo yo que no hay asunto más sencillo en su esencia intrínseca, ni más enredado por las pasiones políticas. Ningún tribunal, ni civil, ni militar, ni eclesiástico, puede alzarse á una completa infalibili-

dad. Las precauciones que se ordenan para intentar los procesos, las vistas y revistas que se disponen, las apelaciones que se permiten, prueban cómo reina y debe reinar una gran desconfianza del criterio jurídico, cuando está poco instruido y poco informado del negocio sobre que debe conocer y fallar. A nadie se le ha podido ocurrir que un simple consejo de guerra posea el don divino de la infalibilidad. Y cuando este consejo de guerra se reúne misteriosamente, juzga y decide á puerta cerrada, prescinde á sabiendas y con deliberación de todo procedimiento natural y público, sus fallos deben adolecer de alguna debilidad que los haga revisables y muy revisables. En todas las legislaciones se reabren y se revisan los procesos cuando hay motivos legales para ello. ¿Los hay para revisar el proceso Dreyfus? Pues á revisarlo. ¿No los hay? Pues á mantenerlo. Pero todo esto debe ser asunto privativo de gobierno y de justicia, no asunto propio de manifestaciones ruidosas, de neurosis incendiarias, de política militante. Porque Dreyfus sea judío, no debe sufrir pena, si es inocente; como por ser judío, tampoco puede, si es culpado, gozar de indemnidad. Para ciertos franceses, Dreyfus no puede ser inocente porque es judío; y para otros franceses, no puede menos de estar limpio como una patena, por ser judío. Pero la cuestión no pertenece á la esfera teológica y religiosa; pertenece á la esfera meramente jurídica. Ya el Tribunal Supremo de Francia entiende hoy en la revisión ó no revisión del proceso. Confiamos en que formulará la debida justicia.

* *

Pero es necesario que esta justicia en su desarrollo no se vea perturbada por los estremecimientos violentísimos de las calles y por los alardeos revolucionarios de las escuelas. ¡Ah! Ligeramente las llamo escuelas, pues caigo al llamarlas así en que no merecen tal nombre las fracciones allí militantes en este caso, por su inopia de ideas, mereciendo sólo el nombre de partidas por su falta de aprensión y por sus apelaciones continuas al desorden perpetuo y á la guerra civil perdurable con ribetes y puntas de guerra civil religiosa. Parece imposible que mientras la Gran Bretaña exige á los franceses enrollar como un trapo viejo el pabellón tricolor de Facho-da, pretendiendo pertenecer este punto sudanés al británico imperio, como toda la carrera del Nilo desde sus fuentes en el centro africano hasta su desembocadura en el mar Mediterráneo, los franceses oigan fríos tales intimaciones y se caldeen y enrojecan en los altos hornos de su encendido espíritu público por si Dreyfus debe continuar ó no en la isla del Diablo. Si debe continuar ó no lo dirá el Tribunal Supremo, en quien debemos reconocer con una grande autoridad una verdadera independencia; y no hay que retenerlo en su trabajo ni divertirlo del justo fallo con invenciones y mitologías como la de haberse descubierto una conjuración militar, allí por dicha del todo imposible, para erigir en tiránico César al príncipe Víctor ó en rey parlamentario al príncipe Orleáns, como si un atentado de tal magnitud pudiese ocurrírsele á un ejército tan fiel á sus juramentos y tan sumiso á su disciplina cual ese gran ejército francés de ahora, en quien hallan su mayor seguro la democracia y la República. El fallo no puede darse con calma y recibirse con obediencia mientras perdura la colectiva neurosis en que la inmortal nación ha caído. No prospera ninguna buena causa cuando rebosan las calles de manifestantes, sublevados casi contra el derecho; y vociferan los clubs, caricaturizando los períodos cruentos del terror jacobino; y estallan, como bombas asfixiantes puestas al ingreso de todos los hogares, libelos infamatorios para el honor de las familias francesas; y se retrocede al bárbaro proceder de las expulsiones antiguas, como aquellas infligidas por los reyes absolutos á las gentes judías; y se invocan las dragonadas contra todos cuantos no profesan las creencias católicas; y se revocan los derechos del hombre declarados por la Constituyente, haciendo casos de incapacidad legal los casos de conciencia; y tienen las mujeres que coger los revólvers, empleados en las pampas por los salvajes contra las fieras, para defender de los calumniadores la honra de sus hijos; y se suceden las falsificaciones á granel tras las cuales sobrevienen los horribles frecuentes suicidios; y se necesita toda la fuerza del gobierno para impedir que se renueven por las calles argelinas las matanzas en los judíos, semejantes á las antiguas matanzas de los Omniadas por los Abassidas; y se amenaza con destruir la libertad y la República. Delante de tal espectáculo, sólo se nos ocurre decir: ¡Dios salve á Francia!

Madrid, 29 de octubre de 1898.



D. JUAN VALERA

A los setenta años ya cumplidos que cuenta el insigne autor de *Pepita Jiménez* y otras obras de las más primorosas que se han escrito en castellano en estos tiempos, sería un perfecto modelo del *mens sana in corpore sano* si una pícara afección á la vista no hubiera venido á oscurecer la luz para el que tanta y tan espléndida la ha derramado en las páginas de sus libros admirables.

Pero si tan importante sentido corporal se ha debilitado en el Sr. Valera con el transcurso de los años y la labor constante sobre todo de leer de día y de noche, no ha podido la edad disminuir en nada la lozanía de su imaginación, ni el vigor de sus pensamientos, y sus producciones literarias de hoy tienen las mismas condiciones de brillantez y belleza que las de su juventud ya pasada.

No hay escritor que menos haya decaído, y su libro más reciente puede competir en lozanía y frescura, en primores de forma, en atildamiento de estilo, con el primero que escribió, no siendo aventurado asegurar que en el jardín de este literato insigne no hay otoño y todo es primavera.

En su juventud se dedicó poco á la labor literaria el Sr. Valera: de linajuda y bien acomodada familia de la aristocracia andaluza, no sintió de mozo la necesidad que obliga á buscar en la pluma un recurso, y aunque fué buen estudiante, porque en varón tan eximio no hay nada malo, antes estudió por su natural inclinación á la cultura que por buscar medios de vivir con una carrera. La de diplomático á que se consagró no es de las que hace ricos, y desde que fué á Nápoles á servir de secretario de Legación á las órdenes del insigne duque de Rivas, representante de España en la antigua corte de los Borbones de Italia, hasta que le trajo á la subsecretaría de Estado la Revolución de Septiembre, D. Juan recorrió las cortes de Europa y las Repúblicas de América, luciendo en salones de regios alcázares y de presidenciales residencias la casaca azul bordada de oro que tan bien se ha ajustado siempre á su cuerpo de hombre distinguido y de natural elegancia.

Pero Valera, que nació poeta, como lo acreditan las primeras poesías que escribió, y que era, ante todo y sobre todo, un gran literato, no pudo sustraerse á su destino, y utilizando su pluma para algo más que para notas y documentos de cancillería, descolgó entre los periodistas más notables de su tiempo, escribiendo preciosos artículos que hicieron fijar en él la atención de las personas cultas, que fueron las que formaron su primer público.

En 1862 ingresó en la Academia Española, y no fué á ella tan pronto como le llamaron, pero llevó un discurso tan monumental, que él solo bastaría para su fama de hombre docto, aunque no hubiera escrito, después de él, ni una sola línea.

En este discurso se explica, en mi sentir, la falta de la popularidad de Valera. Este hombre que está en política afiliado al partido liberal, que ha admitido todas las reformas y aun contribuido á algunas de ellas, es por su espíritu, como por su cuna, eminentemente aristocrático. Lo vulgar y pedestre es contrario á su naturaleza, y sus pensamientos, sus ideas y su estilo tienen un sello de cultura y de elegancia naturales que no están al alcance del común de las gentes, que son las que en definitiva conceden las palmas de la popularidad.

Es por su educación y su inteligencia uno de aquellos hombres del Renacimiento que brillaron para los espíritus después de una noche tristísima, y es como ellos eminentemente artista y delicado.

De filosofía, de historia, de crítica, de humanidades, de todo sabe y de todo sabe bien, presentándo-

lo en una forma tan amena que parece que lo envuelve en encajes, que lo esmalta con joyas y que lo adorna con flores.

Como hombre de conversación no tiene precio; es la amabilidad personificada, la cortesía encarnada en un caballero cultísimo, que asombra no ver vestido de raso y terciopelo como los grandes señores de otros tiempos.

No ha sido ni puede ser popular como otros autores que valen menos que él, pero *Pepita Jiménez* comenzó á extender su fama más allá del círculo de los doctos.



D. JUAN VALERA (de fotografía de Alviach, Madrid)

Esta novela ha alcanzado uno de los éxitos más grandes que un libro escrito en castellano ha obtenido en los actuales tiempos.

Se publicó por vez primera en aquella célebre *Revista de España* que fundó el inolvidable Albareda y á la que Valera llevó sus primores y su cultura. *El Imparcial* la reprodujo en su folletín y en tomo aparte; se ha publicado cinco veces por cuenta del autor, una por la de D. Abelardo de Carlos, tres por los Sres. Perojo y Alvarez, una más en la colección de autores castellanos y muchísimas en América.

Está traducida al francés, al portugués, al polaco, al alemán, al bohemio, al italiano y al inglés, y se puede asegurar que no hay español que sepa leer de corrido que no la conozca.

Después ha escrito otras que no han alcanzado tanta fama, pero que merecen mucha más de la que han tenido.

Doña Luz, *El comendador Mendoza*, *Las ilusiones del doctor Faustino*, *Juanita la Larga*, son novelas preciosas en las que se tratan profundos casos de conciencia, en las que se describen con gala y primor las pintorescas costumbres de Andalucía.

Del idilio *Dafne y Cloe* hizo su saber una obra española, como ha dicho el Sr. Cánovas del Castillo.

Los tres volúmenes de la *Poesía y arte de los árabes en España y en Sicilia* son la obra de un sabio que sabe libar en los vastos terrenos de la historia para producir mieles.

Sus *Disertaciones y juicios literarios*, sus *Estudios críticos*, sus controversias con Campoamor y con la Sra. Pardo Bazán encantan y enamoran.

Sus *Cartas americanas* han contribuido poderosamente á reconquistar con el talento el influjo que perdimos por tradicionales torpezas.

No es de los que hacen de la labor literaria una faena, sino de los que encuentran en ella recreo y gusto. Siendo embajador de España en Viena, en cuya aristocrática corte no ha habido diplomático que haya hecho mejor figura, escribió *La buena fama*, que es un encanto y una joya.

Como *Genio y figura* podría escribir muchas obras, recogiendo los recuerdos de los diferentes países que ha recorrido.

Desde que volvió de la corte de Austria se ha retirado á su casa, pidiendo su jubilación.

Antes de sufrir la afección á la vista que le aqueja, frecuentaba mucho los salones, en los que ha sido siempre figura principalísima; pero ahora está retirado en su casa, consagrado á sus libros y á sus trabajos literarios y cuidado por una familia amantísima. Su hijo es su secretario y su bibliotecario, y en estas faenas le ayuda su hermana, que une á la belleza la inteligencia.

Como ya no puede escribir, dicta, y asombra cómo dictando lima y pule su estilo para que tenga la frescura y lozanía de siempre.

Su inteligencia no ha decaído en lo más mínimo y puede competir en salud con su hermano mayor el marqués de la Paniega, que pasando de los ochenta años monta á caballo y tira á las armas como un muchacho. Tiene constantemente á su lado alguien que le lea algo, y no desdeña ninguna labor intelectual, ni ningún trabajo periodístico, siendo pródigo de su firma, que no guarda como oro en paño, como otros que valen mucho menos que él.

Trasnocha, siguiendo una costumbre de toda su vida, y se viste y arregla para estar en su casa con la pulcritud y el esmero que constituyen en él una segunda naturaleza.

Sus distracciones son famosísimas y con la mayor facilidad se le va el santo al cielo. Cuentan que la primera vez que fué á un baile con su esposa, después de casado, se retiró, dejando á su señora en la fiesta, sin recordar hasta que llegó á su casa el santo vínculo que había contraído.

Dicen que otra vez hacía objeto de su fina y delicadísima sátira cierta traducción que de una obra de Shakespeare se había hecho, por un aficionado á las letras, en el país en que el Sr. D. Juan residía accidentalmente. Los oyentes se pusieron muy serios; alguno caritativo tiró á D. Juan del frac, y entonces cayó nuestro insigne académico en la cuenta de que el traductor en cuestión era nada menos que el rey en cuya corte estaba ejerciendo las funciones de representante de España.

Su poco cuidado de las habilidades y engurrias que constituyen lo que en lenguaje vulgar y corriente se llama la vida práctica, corre parejas con sus distracciones, y á esto se debe que estando afiliado á un partido político no haya sido ministro, habiendo dos carteras, la de Fomento y Estado, que le sentarían como anillo al dedo, y cuyo desempeño le hubiera proporcionado ocasión de prestar á su país grandes servicios. Pero su biblioteca, sus viajes, sus conversaciones y sus tertulias le han absorbido mucho tiempo.

Actualmente está muy engolfado en el trabajo para bien de las letras que tanto le deben y que tanto pueden esperar todavía de su saber y de su ingenio.

Dios nos le conserve mucho tiempo, porque es de lo poco que en nuestro país se eleva á una altura que le hace sobresalir por encima de los Pirineos, para hombrearse con lo mejor que haya en el extranjero.

KASABAL

AMOR PATERNAL

I

Al fin D. Lorenzo se convenció de que el matrimonio es el estado perfecto del hombre, puesto que siempre llega un momento en que declina el buen humor de la juventud entrometida y cascabelera, y en que se siente la necesidad apremiante de tener un hogar confortativo, cuidado y embellecido por la presencia de la esposa, que vive en él ajena a los mundanales cuidados, riendo y cantando como jilguerillo picotero en jaula de oro.

De tan juiciosa manera discurría D. Lorenzo cuando ya llegaba al filo del medio siglo. Sus mocedades fueron fecundas en viajes y extremadas empresas, y cuando regresó a Madrid harto de ajetreos inútiles y con la inquieta condición domada, se dió por muy contento y bien pagado desposándose con Blanca, una joven con sal y garabato suficientes para esclavizar al más empecatado y recalcitrante de los solterones, cuanto más a D. Lorenzo que, prescindiendo de sus apariencias de viejo crudo y de arrestos, era un bendito, noble y caballero a carta cabal.

El matrimonio verificó en el anciano una honesta metamorfosis, que puso a su juventud errabunda de bohemio un pacífico epílogo de vida burguesa: renunció a la sociedad de sus amigos, recoveros maleantes que frecuentaban los lugares en que se rinde culto a la vida alegre y jaranera, dejó de ir al café, se volvió madrugador y acabó por hallarse tan bien dentro de su bata, que casi le asustaba la idea de salir a la calle... Porque los hombres son así: empiezan pasando por el mundo agresivos y batalladores como balas perdidas, y luego van declinando hasta concluir junto a la chimenea, con gorro y zapatillas bordadas...

Pero la conversión de D. Lorenzo no fué completa, y aunque en la práctica podía ofrecérsele como espejo y perfecto dechado de maridos fieles, allá en sus profundos abrigaba una adoración de fetichista a los objetos que le recordaban sus felices devaneos de antaño. D. Lorenzo había conquistado en sus largas campañas amorosas un opulento botín de retratos, de cintas perfumadas, de flores marchitas, de cartas..., que guardó cual si fuesen riquísimas joyas en un precioso estuche de alcanfor con artísticas incrustaciones y macaquitos de nácar.

La víspera de su matrimonio estuvo D. Lorenzo examinando aquellos recuerdos con una tristeza semejante a la que deben de sentir las novicias en ese momento solemne de profesar, en que parece que el espíritu de la eternidad las llama desde el misterio de una puerta entornada... Cada uno de ellos evocaba fechas lejanas, lugares apartados; París, Constantinopla... y las moriscas Granada y Sevilla, emperzadas bajo los rayos de un sol agareno. Allí había sortijas, relicarios, rizos rubios de mujeres flamencas que conoció en Amberes, cartas pidiéndole citas ó dándole quejas, ó haciéndole juramentos de amor perdurable, y que entonces, que todo había pasado, le hacían sonreír.

Mucho tiempo después de casado, D. Lorenzo tuvo el capricho de examinar otra vez aquella caja, especie de ataúd en que yacían los restos venerandos de su juventud. El estuche abierto y colocado sobre sus rodillas vabeaba un grato tufillo de perfumes afrodisíacos inolvidables; allí dormitaban los paquetitos de cartas, las cintas, los retratos, que le miraban con sus grandes ojos inmóviles... Aquel día D. Lorenzo estuvo decididor y locuaz, cual si hubiesen infiltrado en su cuerpo las refinadas esencias de una enjundia milagrosa, y como podía permitirse aquellos paseos por su historia sin menoscabo del honor conyugal, siguió examinando el cofrecillo siempre que le venía en deseo, hasta convencerse de que, en efecto, allí había algo muy supereminente y exquisito que le remozaba.

Una noche su mujer le sorprendió enfrascado en el minucioso examen del estuche, y quiso ver lo que la cajita contenía; pero D. Lorenzo se opuso, escondiéndola precipitadamente. Entonces riñeron: la joven lloró, suplicó, tuvo lagoterías irresistibles y arrebatos celosos brutales, y comprendiendo que nada obtenía fué allanándose y otorgando concesiones: primero pretendió examinar por sí misma lo que la caja contuviese; luego, lo que su marido quisiera enseñarla; finalmente, se conformaba con ver el estuche por fuera, ¡nada más que por fuera!.. Pero D. Lorenzo se mostró inexorable, y ella se retiró sin protestar, disimulando sus lágrimas.

Las consecuencias de aquel disgusto fueron duraderas: Blanca parecía apesada por una preocupación constante, y D. Lorenzo, que siempre llevaba las llaves de su despacho en el bolsillo, llegó a sentirse tan aburrido de guardar secretos, que pensó

deponer su antipática actitud de hombre enérgico y echar pelillos a la mar, confesándole a Blanca la verdad; mas el temor de que la joven rompiera los retratos ó calificase de feas a las mujeres que su inocente imaginación de niña modesta fantaseó como huríes de peregrina venustidad, le contuvieron; aquello le parecía una cobardía imperdonable, una maldición a cuanto amó, algo, en fin, tan repugnante, tan sacrílego, como la profanación de un santuario. Blanca, entretanto, temiendo que en el marido retoñasen las malas mañas del soltero, le espiaba asiduamente, mientras él seguía ideando un escondite seguro para el estuche guardador de su harén desaparecido, y manzana de la discordia ó caja de Pandora que aheleó la vida feliz del matrimonio.

Pasaron algunos años y Blanca contrajo una enfermedad mortal: durante aquel tiempo su celosa obsesión no había cesado, aunque nunca osó poner en la lengua el despecho que rebosaba del corazón; siempre estaba pensando en lo mismo, en el estuche que tal vez contendría los recuerdos de una amada que luchaba desde el otro mundo con los prestigiosos encantos de los seres muertos... Ya en la agonía, Blanca intentó un esfuerzo postrero.

— Mira, voy a morir, dijo estrechando una mano de D. Lorenzo, y ya no podré mortificarte en lo sucesivo... ¿Me enseñas eso, el estuche?..

D. Lorenzo tosió, fingió no haber oído, después aparentó no acordarse de dónde había escondido la caja, y la joven murió sin satisfacer su curiosidad... Y D. Lorenzo volvió a encontrarse muy viejo y casi solo, sin más consuelos que una niña de nueve años, bonita como la Elisa angelical que inspiró a Ruiz Aguilera sus *Elegías* inmortales, y su estuche, el famoso estuche de alcanfor con incrustaciones y macacos de nácar.

II

Juanita era una preciosa muñeca, regordetilla y alegre como un cascabel: tenía el pelo negro, fuerte y crespo, de chico travieso; la frente pequeña, los ojos rasgados y picarones: había heredado los rasgos correctos de la madre; pero su belleza era más expresiva, su tez más morena, y aunque no se hubiesen acoplado en su rostro tantas y tan felices perfecciones, poseía un encanto *sui generis* que esclavizaba las simpatías... Y con gran sorpresa y contentamiento reconoció D. Lorenzo que, sin procurarlo, amaba a la hija mucho más de lo que había querido a la madre.

Por las mañanas el anciano galán se empleaba en enseñarle a Juanita a leer, y por las tardes salían de paseo; ella delante, con sus trajecillos de marinera y sus calcetines negros ceñidos a sus firmes pantorrillas de niña precoz, corriendo feliz detrás de su aro; y a cierta distancia, pero sin perderla nunca de vista, D. Lorenzo, riendo para sus adentros las travesuras de la muchacha y orgulloso de legar a la posteridad una obra tan bonita y tan cabal.

El hogar de D. Lorenzo había recobrado el sosiego dulce y perenne de otros tiempos; Juanita crecía en donosura y gentileza; una ama de llaves regentaba los quehaceres domésticos, y el estuche de los recuerdos amorosos yacía sobre la mesa, sin otra salvaguardia que la llavecita de su endeble cerradura de oro, y D. Lorenzo podía registrarlo a su sabor, seguro de que nadie vendría a sorprenderle.

Una noche fué despertado bruscamente por los gritos de Juanita, que deliraba. Cuando el anciano penetró en el dormitorio de su hija, la pobre niña se revolvía presa de una fiebre terrible: tenía la frente y las manos ardiendo, los ojos brillantes, la boca seca... Los médicos no lograron ponerse de acuerdo en el diagnóstico del mal: unos hablaban de peritonitis, otros de una complicación cardíaca...; al fin, aquel estado agudo pasó, resolviéndose en un violento ataque de sarampión.

Durante los cuarenta días que duró la enfermedad, D. Lorenzo no dió paz a sus huesos, ni a su espíritu, pareciéndole que su vida se escapaba con la de aquella hija. La convalecencia de Juanita fué larga; después ocurrieron complicaciones inesperadas, y para coronamiento de desdichas vino la ictericia, fúnebre precursora de la anemia, con sus melancolías mortales y sus horas de fiebre. Una tristeza infinita fué agarrotando las energías de Juana; sus mejillas se cubrieron de palidez cadavérica, los ojos parecieron refugiarse en el fondo de las cuencas, desde donde miraban con esa expresión inmóvil y vidriosa de los calenturientos, y las ojeras los envolvían en un círculo violáceo que aumentaba su tamaño y profundidad.

El anciano pasaba los días sentado junto al lecho, con los ojos enrojecidos por el insomnio, silencioso y boquiabierto, en la actitud perpleja del enfermo

aprensivo que se toma el pulso. Juanita permanecía inmóvil, escuchando también... Su cuerpo enflaquecido, leve como el de un pajarillo, apenas hundía el colchón, y sus perfiles se boceteaban tímidamente bajo la sábana: hablaba poco, lo absolutamente indispensable, y no reía nunca.

En esta particularidad se fijó la imaginación atormentada de D. Lorenzo; quería que su hija riese; los médicos le habían recomendado que la proporcionase distracciones a granel, y él opinaba que el remedio de aquella tristeza estaba en eso, en la risa...

Animado por este pensamiento que doraba su desesperación con un rayo animoso de esperanza, salió a la calle creyendo que en los bazares, más bien que en las boticas, está la curación de los niños enfermos, y regresó cargado con cuantos juguetes pudo haber: caballos de cartón, muñecas que cerraban los ojos, polichinelas jibosas y narigudos vestidos con trajes de estafalarios colorines, y una caja con cañoncitos, tiendecillas de campaña y un buen puñado de soldaditos de plomo.

Su esfuerzo fué coronado por el éxito más lisonjero, y D. Lorenzo consiguió lo que no pudo el médico: hacer reír a Juanita. La niña estuvo jugando toda aquella tarde con las muñecas y los polichinelas narigudos que tocaban los platillos... D. Lorenzo había puesto la mesa de su despacho delante del lecho, y sobre ella colocó los soldados de plomo, distribuyéndolos en dos bandos y por compañías, como si fuese un general, y explicando a Juanita todo aquel laberinto de figuras, ni más ni menos que como le enarró Maese Pedro a D. Quijote las venturas y descabros del famoso D. Gaiferos.

Aquellos agasajos entretuvieron a Juana los primeros días; después se cansó de tantas batallas; los polichinelas y los caballos perdieron también el prestigioso encanto de la novedad, y tornó a su tristeza, con esa resignación paciente del vencido que se entrega.

Entonces D. Lorenzo compró un teatro de fantoches, dentro del cual se metía para mover los muñecos y representar sainetes improvisados que siempre concluían a garrotazos y con grave fracaso y ruina de los actores. Juanita, seducida por la nueva distracción, reía a carcajadas, y aquellas infantiles explosiones de hilaridad arrebolaban sus mejillas con ramalazos de alegría. Así continuaron hasta que las representaciones de fantoches tampoco interesaron a Juanita: el dormitorio estaba lleno de cachivaches y juguetes diversos, y sin embargo, la niña se aburría entre ellos, como un calavera enfermo que bosteza de hastío en medio de un festín.

No obstante, era preciso divertirla a todo trance, el médico se lo había dicho: de aquella diversión continua dependía su curación, su salud... D. Lorenzo, no sabiendo qué nuevo chirimbolo comprar, le dió a Juanita cuantos objetos supuso que podrían entretenerla; los cuadros del despacho, las figulinas y muñequitos de porcelana que adornaban las vitrinas del salón, unos magníficos jarrones de porcelana de Sevres y muchos libros de lujo profusamente ilustrados. La niña no fué insensible al novísimo entretenimiento, y empezó a jugar con tanto más ahinco, cuanto que todo aquello se ofrecía a su imaginación como algo serio que los niños no pueden tener, y el manosear aquellos objetos vedados a sus traviesas manos, le producía un regocijo extraordinario. D. Lorenzo la contemplaba embebecido, feliz por haber acertado otra vez...

De pronto los ojos de Juana se fijaron en un cofrecillo que estaba sobre la mesa; D. Lorenzo miró también en aquella dirección, y su semblante palideció: las miradas de la hija y del padre habían coincidido cruzándose sobre el famoso estuche de los recuerdos.

— ¡Dame esa caja!, dijo la niña con el acento imperioso de los chicos enfermos que se creen autorizados para todo.

D. Lorenzo, que no quería contradecirla, se puso de pie como un autómatas, procurando distraer el deseo de la niña, como antaño había burlado la curiosidad de la madre.

— ¿Esa caja?, murmuró.

— Sí, dámela, repuso ella subrayando su petición con un gesto expresivo de deseo.

Se había quedado seria, recelando una negativa, y por su semblante pasó una sombra melancólica, amarga y lancinante como un reproche. D. Lorenzo, fuera de sí, cogió el estuche, su querido estuche de alcanfor y macaquitos de nácar, y se aproximó al lecho, pálido y trémulo como un sentenciado a muerte: Juana extendió en seguida sus manos febriles y abrió la caja, mientras su padre se retiraba algunos pasos, buscando sobre la mesa un punto de apoyo.

— ¡Oh, cuántas cosas y qué bonitas!.., exclamó la niña.



ALUMNOS DE LA ESCUELA MILITAR

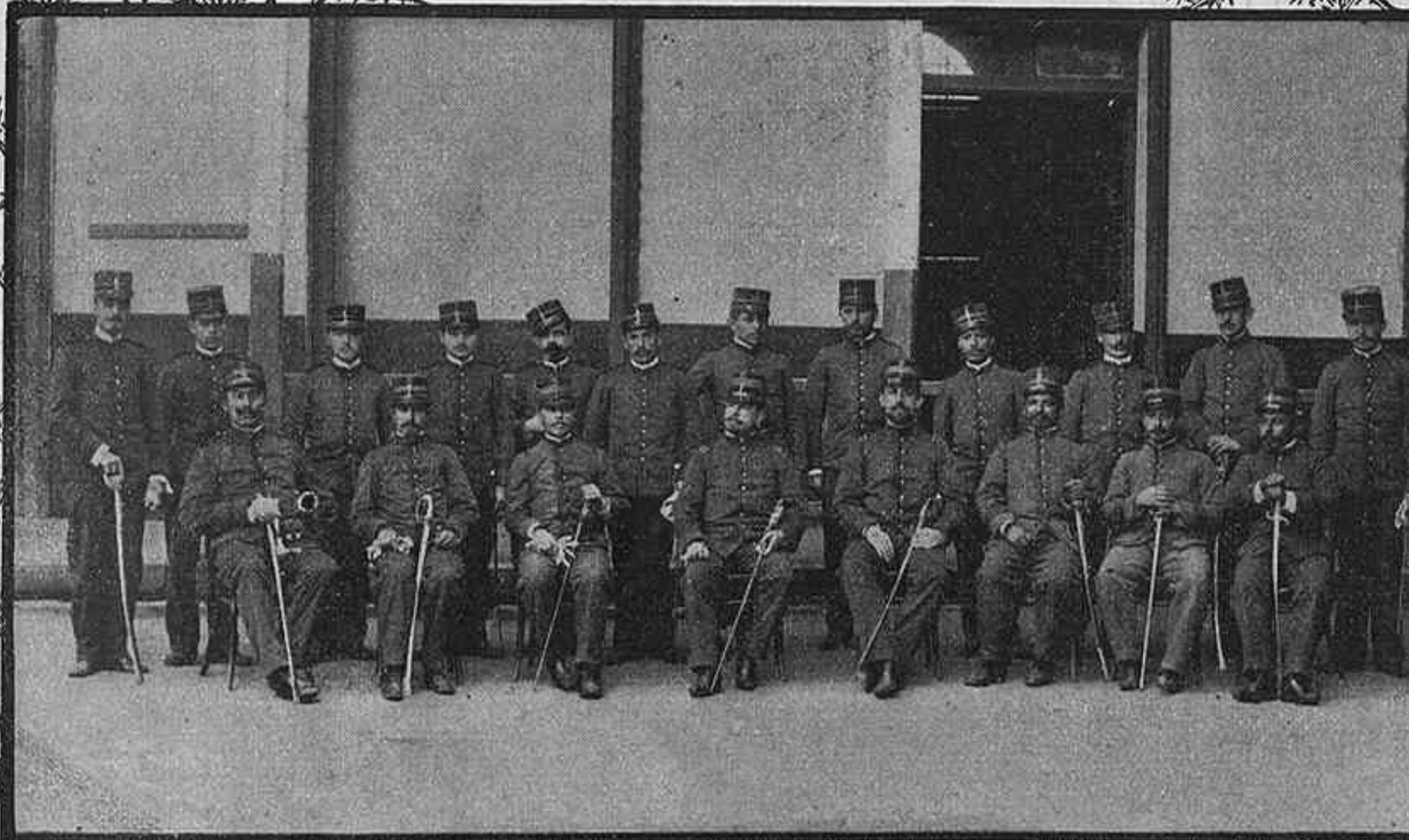


ESCUELA MILITAR
DE TIRO

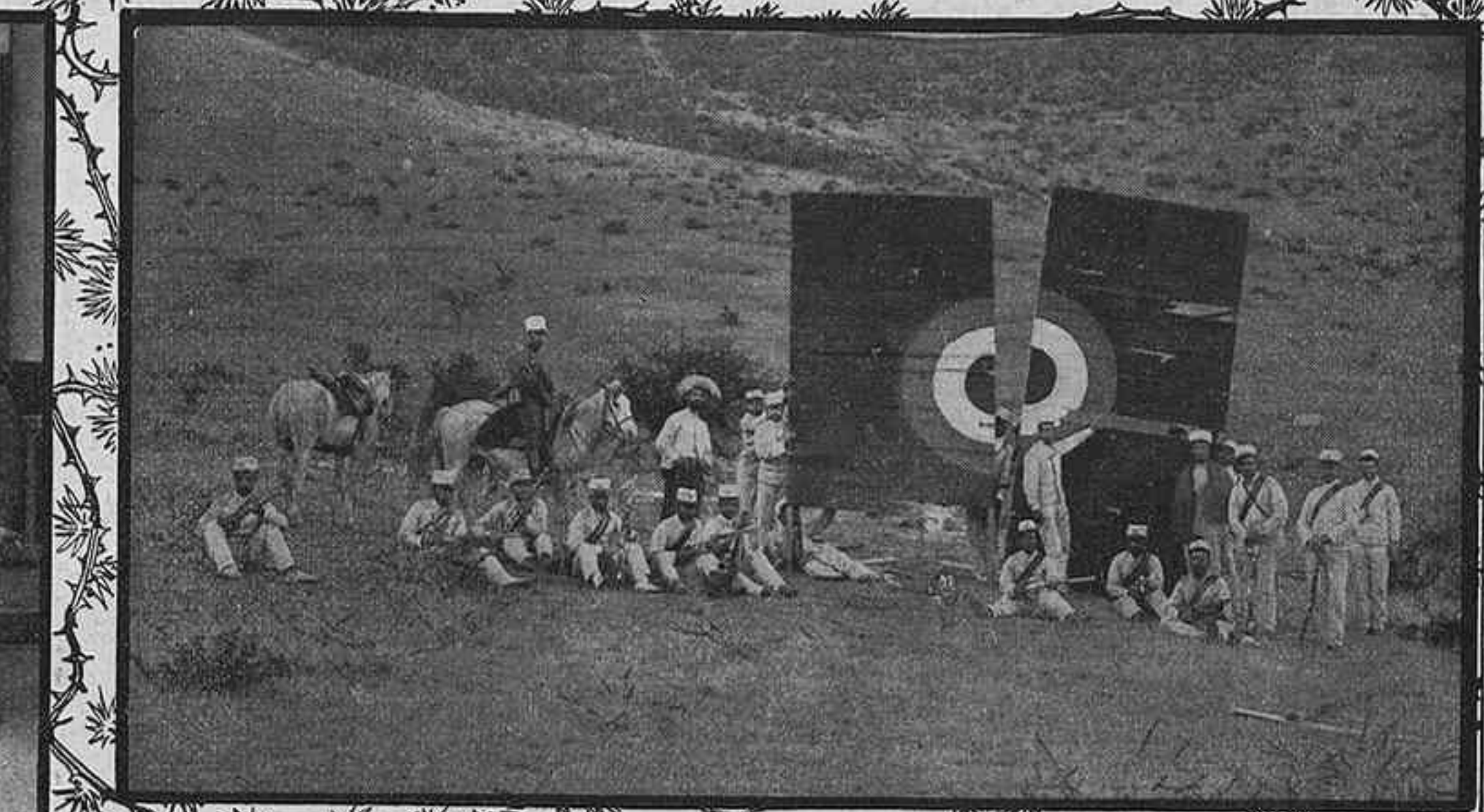
OFICIALIDAD DEL REGIMIENTO DE ARTILLERÍA N° 4



OFICIALES DE ARTILLERÍA
DE COSTA



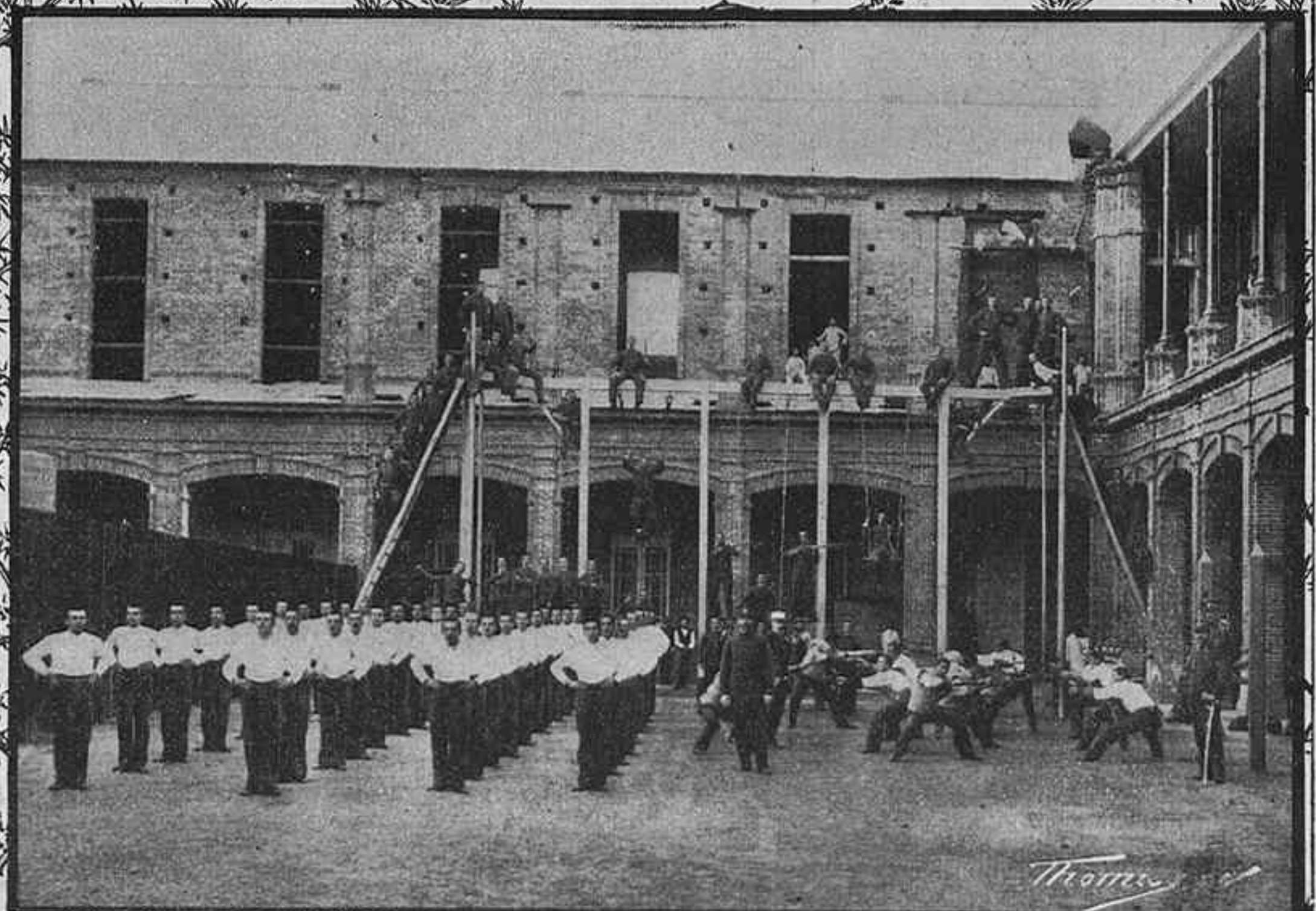
OFICIALIDAD DEL BATALLÓN
N° 1 DE INFANTERÍA



POLÍGONO MILITAR



BANDA DE PITOS Y TAMBORES
DE LA ESCUELA MILITAR



ESCUELA MILITAR - EJERCICIOS GIMNÁSTICOS

EL EJÉRCITO CHILENO (fotografías remitidas por los Sres. Cuspinera, Teix y C.ª, de Santiago de Chile)

Había metido las manos dentro del estuche y travesaba con los juveniles recuerdos de D. Lorenzo como un gatito con los enseres de un cesto de costura. En un momento todo quedó esparcido sobre la cama.

— ¡Huy!.. qué cintas tan feas, tan descoloridas... Aquí hay un paquete de cartas; bueno, á mí ¿qué me importa eso?.. ¡Cuántos pañuelitos y cuánta flor!.. Papá, ¿para qué conservas estas flores secas?

D. Lorenzo calló, no sabiendo qué responder, aunque algo mohino de que una pitusa despreciase lo que él guardaba con tan prolijo esmero. Juanita, entretanto, hablaba y reía á tinte bonete.

— Aquí hay retratos. Papá, ¿quién es esta señora tan fea?.. Esto lo rompo porque no sirve para nada...

Los paquetitos de cartas quedaron desatados, y las flores deshechas, los rizos y los retratos rotos cayeron al suelo... Aquello era una profanación horrible, perpetrada con el irreflexivo atrevimiento de la infancia, ó una represalia de la hija que aplacaba con una venganza inconsciente los celos, nunca saciados, de la madre muerta. D. Lorenzo se había desplomado sobre una butaca, anonadado: la hazaña de Juanita era una crueldad sin ejemplo, una disección sobre un vivo..., ¡y el vivo era él!..

Juana reía gozosa divirtiéndose en pintarles bigotes á los retratos y en agujerearles los ojos con un alfiler...

Aquellas carcajadas, felices precursoras de la salud que volvía, consolaron al bondadoso D. Lorenzo de sus descalabros. ¿Qué valía aquel pasado muerto, comparado con Juanita, símbolo angelical de su porvenir, báculo bienhechor de su desamparada vejez?.. En puridad de verdad, él había consagrado á aquellos amores un interés fugitivo; le recrearon durante algún tiempo, y después sólo le atrajeron con ese misterio vago de las cosas viejas... Y mientras Juanita proseguía su tremendo *spoliarium*, D. Lorenzo pensaba:

— Y bien, ¿por qué me quejo?.. No seamos egoístas... ¡Ya que jugó con ellas el padre, justo es que juegue también la hija!..

EDUARDO ZAMACOIS

VIAJE

DEL

EMPERADOR DE ALEMANIA
Á PALESTINA

El viaje de Guillermo II á Tierra Santa ha despertado interés grandísimo en toda Europa: cuando tantos y tan complicados problemas se plantean entre las potencias europeas por la cuestión de China, por la de Fachoda y aun por la hispano-americana, había de llamar necesariamente la atención universal el proyecto por el soberano alemán realizado de visitar con toda la pompa que á su jerarquía corresponde los sitios en donde se realizó la obra sublime de la redención del género humano. Y prescindiendo del carácter religioso de la expedición, que con razón se estima simple pretexto, todo el mundo ha visto en el acto realizado por el emperador de Alemania, no tanto el deseo de llevar á cabo una empresa que constituye el bello ideal de todo cristiano y de inaugurar un templo para los cristianos alemanes, cuanto el propósito de estrechar sus relaciones amistosas con el sultán de Turquía por un lado, y de obscurecer, por otro, la influencia de Francia en los Santos Lugares.

No hemos de estudiar este aspecto diplomático

del viaje de Guillermo II; nos basta para nuestro objeto describir la parte, por decirlo así, pintoresca del mismo: por esto el presente artículo no ha de ser otra cosa que la explicación y ampliación de los datos gráficos que referentes á este asunto publicamos.

Consta este kiosco de planta baja y un piso que se comunican por medio de una grandiosa escalera de mármol: en el piso principal están las habitaciones de los emperadores y los salones de recepción, unas y otros adornados con tanta riqueza como buen gusto con magníficos muebles, alfombras y tapices, productos todos de la industria turca.

El primer día de su estancia en Constantinopla el emperador y la emperatriz almorzaron en la embajada de Alemania, y después de recibir á una comisión de la colonia alemana de Pera, visitaron la escuela alemana de Pera. Por la noche hubo gran banquete de gala en el palacio de Yildiz, con grandes iluminaciones y fuegos artificiales. En los días siguientes recorrieron detenidamente la ciudad, hicieron excursiones á Therapia y á Hereke, visitando en este último punto la magnífica fábrica de tapices del sultán. El día 21 se verificaron por la mañana la visita solemne á Santa Sofía y la revista militar, que presenciaron los emperadores y el sultán desde un pabellón del Yildiz, y por la tarde otro banquete de gala, al cual fué invitado todo el

cuerpo diplomático. Luego Abdul-Hamid acompañó á la emperatriz y á las damas de su séquito al harén, en donde se celebró un concierto en honor de la imperial visitante.

El día 22, después de haberse desayunado en la embajada alemana y almorzado en el palacio de Dolma-Bagdche, los emperadores salieron de Constantinopla con el mismo ceremonial con que fueron recibidos en aquella capital, siendo despedidos solemne y entusiastamente por el sultán, por la colonia alemana y por toda la población en masa. — X.

NUESTROS GRABADOS

Esculturas del coro de la Cartuja de Pavia, obra de Esteban da Sesto.—La fundación de la célebre Cartuja de Pavia, edificio admirable declarado monumento nacional, se debe á Juan Galeazzo Visconti, señor de Pavia y luego primer duque de Milán, que el 8 de septiembre de 1396 puso la primera piedra. La parte más esencial de la obra podía darse por terminada en 1542; pero los monjes cartujos continuaron aumentando el esplendor de tan magnífico edificio hasta 1782, época de su primera supresión. La arquitectura de la primera fundación es gótico-lombarda; la fachada, del Renacimiento, y en cuanto al arquitecto que trazó los primeros planos, se tiene por seguro que fué Bernardo de Venecia. Muchas y admirables son las labores artísticas que profusamente adornan la iglesia de la Cartuja; pero contrayéndonos al grandioso retablo que se contempla en el altar mayor, en el lado del Evangelio, diremos que así su traza como la ejecución de sus minuciosas labores, obra del insigne Esteban da Sesto, guardan consonancia con las maravillas que aquel templo encierra. Dividido en varios compartimientos, contiene en el principal una bella estatua de la Virgen con su divino Hijo en brazos, y en diferentes nichos las de los Apóstoles

San Pedro y San Pablo, Aarón, Moisés, Elías, Abraham y Melquisedec, estas últimas obra de Tomás Orsolino. La contemplación de la fototipia de nuestra primera página nos exime de elogiar cual cumple este hermoso retablo.

**

El ejército chileno (fotografías remitidas por los señores Cuspiner, Teix y C.^a, de Santiago de Chile). — El ejército chileno, de cuyas diferentes armas presentamos algunos tipos tomados de fotografías, se recluta por alistamiento voluntario, efectuado por tres años, y en caso de reenganche, por dos años de servicio activo; á los voluntarios que no se reenganchan se les incorpora por cinco años, después de su servicio activo, en la guardia nacional, á la cual, según la ley militar (que admite sin embargo muchas excepciones), pertenecen todos los chilenos en estado de llevar las armas desde los diez y siete años y por espacio de doce. En virtud de la ley de 31 de diciembre



EL YATE IMPERIAL «HOHENZOLLERN» EN EL PUERTO DE VENECIA

El día 11 de octubre último los emperadores salieron de Potsdam y el día 13 el tren imperial llegó á Venecia, en donde fueron recibidos por los reyes de Italia. El gran canal ofrecía una animación extraordinaria al paso de las góndolas que conducían á los soberanos y á las personas de su séquito, y en la plaza de San Marcos una muchedumbre inmensa aclamó á los imperiales huéspedes, que se alojaron en el Palacio Real.

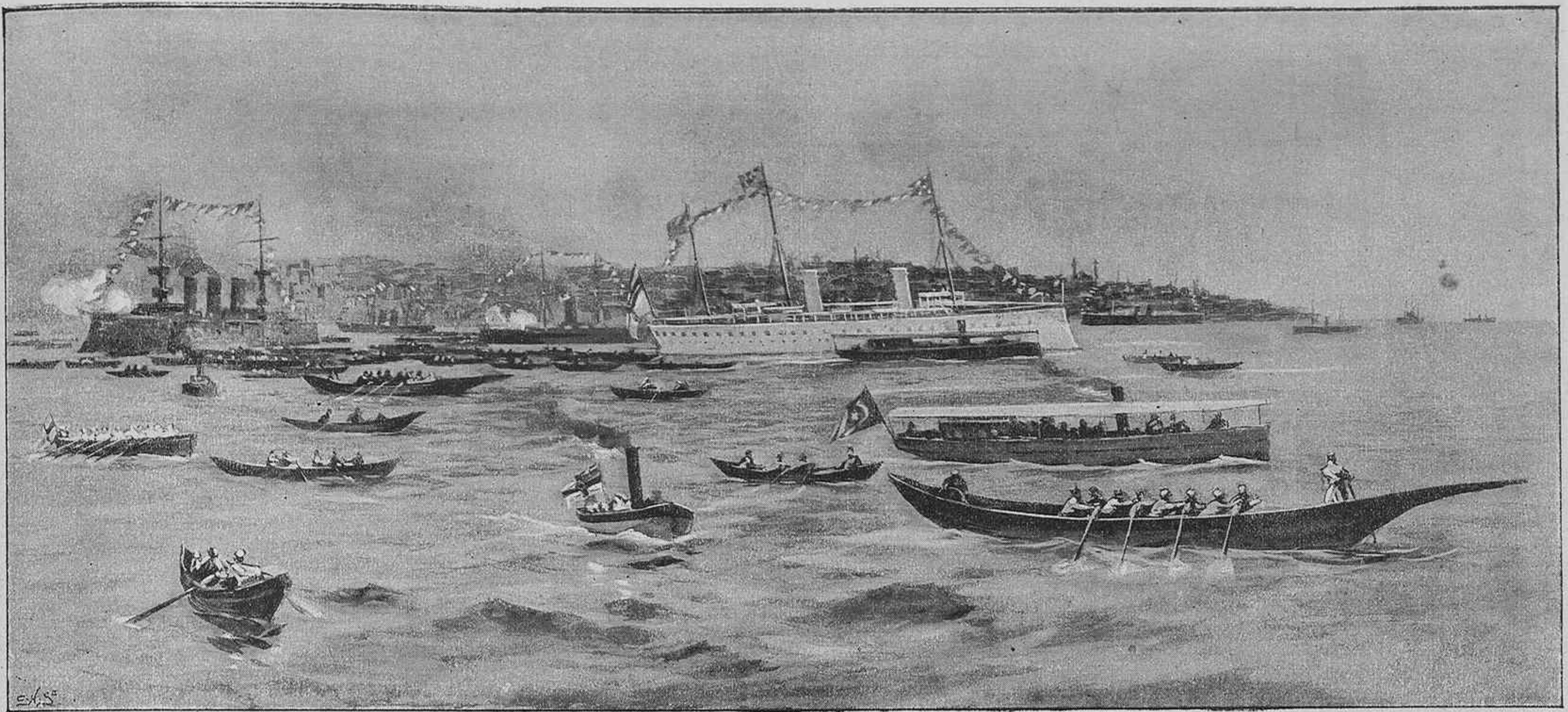
Pocas horas después los emperadores se embarcaron en el yate *Hohenzollern*, y el 18 por la mañana descendían junto al palacio de Dolma-Bagdche escoltados por numerosas embarcaciones, entre las hurras de la multitud, las salvas de la artillería y los acordes de las músicas que tocaban el himno nacio-



EL KIOSCO MERASSIM, construido ex profeso para alojamiento de los emperadores alemanes en Constantinopla

nal alemán. El sultán salió á su encuentro; y después de estrechar afectuosamente la mano del emperador, ofreció el brazo á la emperatriz, y la brillante comitiva atravesó el palacio hasta llegar al punto en donde varios carruajes debían conducirlos al palacio de Yildiz, actual residencia de Abdul-Hamid.

El palacio de Yildiz no es un edificio suelto, sino una parte de la ciudad cerrada por altos muros y compuesta de varios palacios, casas, dependencias, jardines, lagos y bosques en cuyo centro se levanta la residencia propiamente dicha del sultán, completamente aislada de los demás edificios por una muralla. A unos 200 metros de ella se encuentra el kiosco Merassim, construido ex profeso para albergar á los emperadores alemanes.



EL YATE IMPERIAL «HOHENZOLLERN» Á LA VISTA DE SCUTARI, BÓSFORO

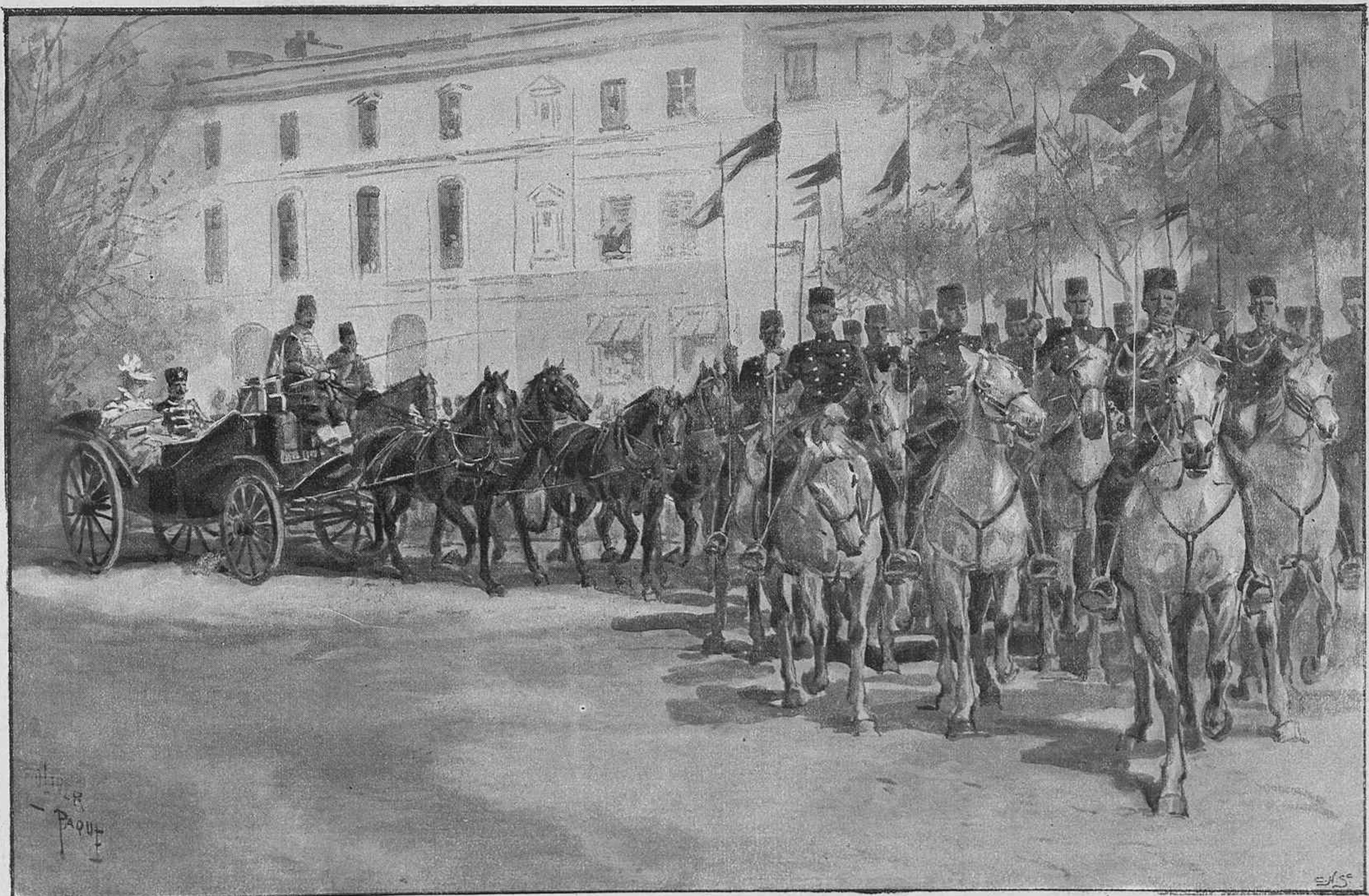
de 1896, el efectivo del ejército activo en tiempo de paz no debe exceder de 9.000 hombres. Este ejército comprende: 4 generales de división, 6 de brigada, 18 coroneles, 40 tenientes coroneles, 65 comandantes, 200 capitanes, 140 tenientes y 150 subtenientes para 9 regimientos de infantería, 8 de caballería, 5 de artillería y uno de ingenieros. El armamento de la infantería es el fusil Mauser, modelo chileno, y en parte el sistema Mannlicher; el de caballería es la carabina Mauser. Según la ley de 12 de febrero de 1895, todos los hombres válidos están llamados á los ejercicios de la guardia nacional.

**

Mad. Vigée Lebrún, retrato pintado por ella misma.—Esta insigne pintora nació en París en 1755 y mu-

rió en la misma capital en 1842. Desde sus más tiernos años manifestó especiales disposiciones para el arte, y joven aún adquirió gran reputación por sus retratos, así como por su belleza, de la cual es una prueba el retrato que reproducimos, hecho por ella misma. Retrató más de veinticinco veces á María Antonieta, de quien acabó por ser amiga, y todos los individuos de la familia real se hicieron retratar por ella. Sus viajes por Holanda, Italia, Alemania y Rusia fueron una serie de triunfos; por todas partes rindieron homenaje á sus bellas cualidades, y por todas partes los soberanos le encargaban sus retratos y las Academias le otorgaban diplomas. Amantísima de su arte, se distinguió, no sólo por la excelencia de su pincel, sino que también por su laboriosidad, pues sus obras se componen de 662 retratos, 15 cuadros de diversos asuntos y cerca de 200 paisajes.

Encuentro inesperado, dibujo original de Mariano Pedrero.—Junto á la fuente y apoyada en la herrada llena de agua descansa garrida montañesa. Atraído por sus encantos acude el mozo que la galantea, y uno y otra se olvidan en amorosa plática, durante unos momentos, del Prado y de las vacas que necesitan de sus cuidados. Los tipos de los dos campesinos, el paisaje que sirve de escenario y fondo á la composición, todo, hasta en sus pormenores, revela el profundo conocimiento y estudio concienzudo que de aquella hermosa región, denominada *la montaña*, ha hecho el artista. Tal sello de verdad existe en el dibujo, que no titubeamos en afirmar que el Sr. Pedrero ha tratado de seguir las huellas, en este trabajo, del malogrado Plasencia. La circunstancia de habernos ocupado en repetidas ocasiones de las excelentes aptitudes del Sr. Pedrero nos exime hoy de ser más extensos.



LOS EMPERADORES DIRIGIÉNDOSE Á VISITAR LA ESCUELA ALEMANA EN PEPE

VIAJE DE LOS EMPERADORES DE ALEMANIA AL ORIENTE



Mme. VIGÉE LEBRUN, retrato pintado por ella misma



ENCUENTRO INESPERADO, dibujo original de Mariano Fedrero

Fedrero
Terreña Vieja

El célebre pintor francés Puvis de Chavannes.—Este notable artista, fallecido hace pocos días, había nacido en Lyon en 1824. Vió principio á sus estudios en esta ciudad y los completó en París en el liceo Enrique IV. Al pronto se destinaba á las ciencias; pero habiéndose revelado su vocación artística á consecuencia de un viaje á Italia, entró en el taller de Enrique Scheffer y luego en los de Delacroix y



EL CÉLEBRE PINTOR FRANCÉS PUVIS DE CHAVANNES, fallecido recientemente

Couture. Cuando adquirió los conocimientos necesarios, se propuso crear una escuela en que brillara su personalidad, y aunque tropezó con grandes oposiciones, después de quince años de lucha perseverante alcanzó el puesto que se había propuesto en su arte, y en 1877 obtuvo la cruz de caballero de la Legión de Honor, luego la de comendador y en 1882 la medalla de honor en el Salón de aquel año, siendo también elegido presidente de la Sociedad de Bellas Artes.

La labor de Puvis de Chavannes es considerable. Entre sus composiciones más importantes figuran: la ornamentación de los Museos de Marsella, de Amiens y de Lyon; de la Casa consistorial de París y de la Sorbona, así como los hermosos frescos que representan la historia de Santa Genoveva en los muros del Panteón. La mayor parte de estas pinturas han estado expuestas, ya originales, ya en cartones, en los Salones anuales, donde el público, lo mismo que los críticos más ó menos competentes, ha sido llamado á admirarlas ó á discutir las antes de que obtuvieran la sanción definitiva del tiempo.

Su autor, por más que hayan dicho sus émulos, poseía á fondo la ciencia del dibujo, como lo atestiguan los numerosos estudios de los que se expuso hace algún tiempo una curiosa colección en las galerías del Campo de Marte. Pero, por propósito deliberado, era un simplificador, más cuidadoso que de otra cosa, de la forma sintética. Más artista que pintor de profesión, debía á su cultura intelectual ideas generales que contribuían á su inspiración. Así es como llegó á la intensidad del efecto en esas grandes composiciones simbólicas en las que se une lo real á lo ideal, la naturaleza al arte. Se le ha censurado por no ser todo un colorista; pero la sobriedad de su color, unida á la armonía de los tonos discretos, es una de las cualidades que han hecho de él el jefe de la pintura decorativa contemporánea, así como también el de una escuela que cuenta con brillantes discípulos. El ilustre pintor se había casado el año último con la princesa Cantacuceno, de la que estaba vivamente apasionado, y tanto que su reciente muerte le afectó en extremo, acelerando el fin de su noble y laboriosa existencia.

**

Tarcisus, escultura de Celestino Devesa (premiada en la Exposición de Bellas Artes de Barcelona de 1898).—El sentido busto del niño Tarcisus hallase inspirado en uno de los hechos que registran los anales del cristianismo en los terribles períodos de las persecuciones. Un débil y delicado niño, alentado por la fe en las nuevas creencias, atreviése á arrostrar el martirio, llevando á sus hermanos, oculto en la túnica, el pan eucarístico.

El joven escultor olotense Sr. Devesa ha logrado representar la personalidad del infantil héroe cristiano con los caracteres que debieron brillar en aquel espíritu abnegado, dando con ello muestra de sus aptitudes y de la importancia y tendencias de la escuela á que pertenece.

**

La Purísima Concepción, escultura de Rafael Atché.—El buen gusto y la maestría del genial escultor catalán Sr. Atché halla siempre medio de manifestarse, sea cual fuere el género en que se aplique. Testimonio de ello es la preciosa imagen que reproducimos, en la cual y sin olvidar los caracteres distintivos de este género de escultura, ha logrado embellecer la obra con elementos de ornamentación que se ajustan admirablemente á la tranquila disposición de las líneas, á la simplicidad y á la delicadeza del modelado, resultando una producción esencialmente artística, sin que por ello haya perdido en lo más mínimo el misticismo que le presta su mayor encanto.

**

La Virgen en adoración, fragmento de un cuadro de Fra Filippo Lippi.—Este famoso artista de la escuela florentina nació en Florencia en 1412 y murió en Espoleto en 1469. Algunas veces se le llama Fra Filippo del Carmine. Aún se admiran sus frescos, sobre todo los del coro de la catedral del Prato y los de la de Espoleto. Sus cuadros son numerosos en la mayor parte de las ciudades de Italia; sus cabezas son casi todas retratos de un parecido admirable, y se alaban en sus lienzos la riqueza de la composición, la frescura del colorido y el vigor de los toques. Estas cualidades sobresalen notablemente en el cuadro del que reproducimos una parte y que se conserva en la magnífica Galería de los Uffizi de Florencia.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—BERLÍN.—El ministro de Cultos prusiano, que hace poco abrió un concurso para una medalla destinada á conmemorar las bodas, ha abierto recientemente otro para una medalla que sirva de recuerdo de los bautizos. Sólo podrán tomar parte en el concurso los artistas prusianos ó residentes en Prusia: el primer premio será de 2.000 marcos y además se distribuirán otros 3.000 entre los proyectos dignos de recompensa.

—La Sociedad Fotográfica de Berlín ha inaugurado una Exposición Velázquez, en la cual figuran en primer término cuatro cuadros originales y las reproducciones de las obras del gran maestro existentes en el Museo del Prado, en Madrid. Hay además 16 copias al óleo debidas á Pradilla, Guillermo Chase, Sra. Paczka-Wagner y otros. Esta exposición ha despertado gran interés en la capital de Alemania.

TARASCÓN.—El Ayuntamiento de Tarascón ha votado los fondos necesarios para erigir en aquella ciudad un monumento á Alfonso Daudet.



TARCISIUS, escultura de Celestino Devesa, premiada en la Exposición de Bellas Artes de Barcelona. 1898

ROUEN.—Exposición de Artes fotográficas.—El primero de este mes se ha abierto en Rouen una exposición de Arte fotográfico y de Fotografía industrial. Las obras expuestas están clasificadas como sigue: 1.º Fotografía artística, retratos, paisajes, escenas de género; 2.º Fotografía industrial, aplicaciones de la fotografía á la ilustración de obras, tiradas fotomecánicas, fototipia, fotograbado, fotocromografía, fotografía en cristal; 3.º Fotografía científica, micrografía, radiografía; 4.º Técnica fotográfica, virajes y pruebas en papeles especiales; pruebas con sales metálicas, impresiones en tejidos y maderas, ortocromatismo; 5.º Proyecciones, cinematografía, estereoscopia.

**

Teatros.—París.—Se han estrenado con buen éxito: en el Palais Royal *Place aux femmes!*, comedia en cuatro actos de Valabregue y Hennequin; en Cluny *La coqueluche*, vaudeville en tres actos de Antony Mars; en los Butos Parisienses *Soleil de minuit*, opereta en tres actos con bonita música de Alberto Renaud; en el Gymnase *1807*, bonita comedia en un acto de Aderer y Ephraim, y *Marraine*, comedia en tres actos de Janvier de la Motte; y en el teatro de las Naciones *Championnet*, drama en cinco actos y siete cuadros de gran espectáculo de Teodoro Henry.

Barcelona.—Se han estrenado con buen éxito: en Romea *Angela*, drama en tres actos de D. José Nogué y Roca, y *Fum de palla*, comedia en tres actos y en prosa de D. Arturo Carreras; en el Eldorado *La batalla de Tetuán*, zarzuela en un acto de los Sres. Perrín y Palacios con música de Valverde (hijo), y en el Lírico *Els conscients*, poema dramático en cuatro actos y en prosa de D. Ignacio Iglesias. En Novedades ha terminado la temporada de ópera, habiéndose celebrado los beneficios de las Sras. Huguet y De Lerma y de los Sres. Blanchart y Goula, todos los cuales obtuvieron entusiastas ovaciones. En el teatro Principal ha comenzado á funcionar una excelente compañía de declamación catalana y castellana en la que figuran artistas tan conocidos como las Sras Domus y Caparó, la Sra. Morera y los Sres. Bonaplata, Olivé, Borrás (J.), Salvat, Odena y otros: en cuantas obras hasta ahora se han puesto en escena se nota la inteligente dirección de don Alberto Llanas, actual empresario y director del decano de nuestros coliseos. En el teatro Lírico el notable pianista señor Malats ha dado un concierto en que ha demostrado una vez



LA PURÍSIMA CONCEPCIÓN, escultura de Rafael Atché

más sus dotes excepcionales interpretando de un modo magistral un escogido programa en el que figuraban obras de Mozart, Chopin, Liszt, Godard, Fischof y Dubois, y consiguiendo en cada una de ellas una ovación entusiasta. En Novedades ha inaugurado su temporada de invierno una notable compañía de declamación castellana bajo la dirección del inteligente actor D. Miguel Cepillo.

**

Necrología.—Han fallecido:

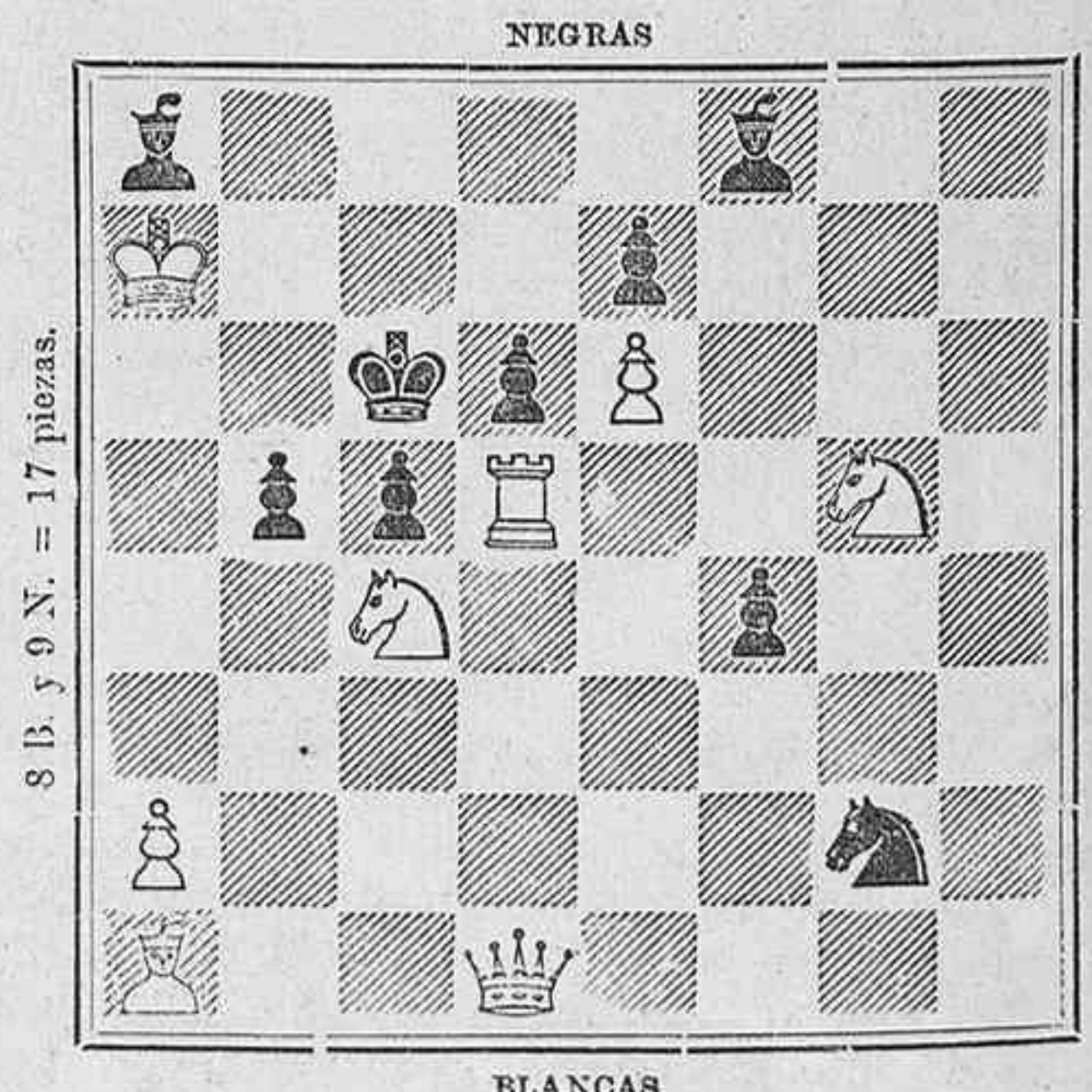
León Mignon, notable escultor belga.
D. Francisco Coello, coronel de ingenieros, ilustre geógrafo, presidente perpetuo de la Sociedad de Geografía de Madrid por él fundada, académico de la Historia, ex director del Instituto Geográfico, autor de varias é importantes obras, entre ellas del importante *Atlas de España y de sus provincias de Ultramar*.

H. J. Kobylin, pintor de género ruso.
Gabriel de Mortillet, director del Museo Arqueológico de Saint Germain-en-Laye, ilustre antropólogo, autor de importantes obras de ciencias naturales y prehistóricas.

D. Marcos Jiménez de la Espada, ilustre americanista, catedrático de Anatomía comparada de la Universidad de Madrid, miembro de las Academias de la Historia y de Ciencias

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 138, POR JUAN CAPÓ GONZÁLEZ



Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.
SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 137, POR J. TOLOSA
Blancas. 1. T5D. 2. P, T ó D mate.
Negras. 1. Cualquiera.



Sentóse, hizo con la mano un ademán que imponía silencio...

MENTIRA SUBLIME

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS POR MAD. M. LESCOT.
ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

¿Qué crimen había cometido? En vano examinaba su conciencia, pues no encontraba en ella nada que pudiese explicar su desgracia. Al saber el casamiento de su querida princesa, no se le había ocurrido admirarse ni quejarse, ni se había desmentido su imperturbable optimismo. Ninguna tristeza celosa había anublado su alegría; se había derrumbado el castillo en el aire que venía elevando hacia cuatro años; pero reconstruiría otro, cambiando un poco sus planos, modificando sus materiales y su arquitectura.

Sabido es que las alemanas llevan el misticismo sentimental más allá del buen sentido y de la sana razón. Así como la heroína de Valdemar, se puso á

soñar en la unión perfecta de las almas en una trinidad platónica en la que se reservaba el papel sublime de la abnegación. No pensó ni por un momento en volver á Bohemia; pues el regreso á este país significaba la vida pobre, las comidas escasas, y á Lolota le gustaban los goces del lujo tanto como las situaciones novelescas. Se habría humillado, habría pedido perdón por la falta desconocida que se le hacía expiar si la Sra. Fournéron no la hubiera disuadido.

— Para que ese destierro sea transitorio, le dijo, ceda usted sin resistencia. Cuente con mi influencia para conseguir que mi sobrino la vuelva á llamar; todos nos pondremos de acuerdo en favor de usted.

Carlota siguió este consejo, pero antes de partir escribió á su ídolo:

«Muy digno señor mío: Soy tan inexperta en las filigranas de la lengua francesa, que no puedo adivinar por qué causa me despidе usted, pero sé comprender que mi presencia le es molesta y que ya no hay sitio para la pobre aya bajo el techo de su hogar doméstico.

»Se me parte el corazón al separarme de mi querida Lila; hubiera querido esperar el regreso de usted, pero no me atrevo á incurrir en su desagrado, por lo mismo que siempre he obedecido sus órdenes; obedezco todavía por la última vez.

»¡Oh señor! Séame permitido al menos rogar al

Marchetti

paternal corazón de usted que sea dulce y conciliador para la pobre criatura. ¡Está tan triste, es tan desgraciada!

»Agradezco á usted su generoso regalo de boda, y ruego á mi querido señor que acepte los votos sinceros que hace por su felicidad el alma agradecida de la humilde aya, y que los transmita á la señora Bertranda juntamente con la expresión de mi gratitud por haber endulzado al escribirme tan cariñosamente el dolor de mi sentencia.

»Confío á Dios el cuidado de defender mi inocencia, y quedo de usted, mi estimado señor, humilde y atenta servidora

»LOLOTA.»

En seguida se marchó, despedida como una criada infiel, pero componiendo una leyenda que daba quince y raya á la historia de los más ilustres perseguidos.

Cuando estrechó contra su corazón á la afligida Lila, le dijo:

— Tranquilízate, querida mía, no te des mal rato; se reconocerá mi inocencia, y haré mi entrada en esta ciudad en una soberbia carroza tirada por ocho caballos empenachados.

Despidióse con entereza de su cómoda habitación, de la excelente comida francesa cuyos exquisitos platos sabía apreciar, y con el generoso regalo de boda puesto sentimentalmente sobre su corazón, volvió á su triste casa de Bohemia; pero la acompañaban la esperanza y la ilusión, esas dos magas que siembran de flores los caminos más áridos.

XVIII

La marcha de la institutriz fué para Pontarlier uno de esos rayos que aterran á los pueblos y conmueven las dinastías. No ha habido ministro caído en desgracia á quien acompañaran más ardientes simpatías.

Rehízose la alianza de familia entrando en ella el presidente del tribunal, el médico y el capitán de gendarmes. La consigna fué: «Llamada inmediata de la excelente Carlota.»

La salud de Lila parecía un tanto quebrantada; la niña, pálida, sombría, taciturna, amenazaba dejarse morir de hambre.

— O pierdo el nombre que tengo ó volverá, exclamaba la Sra. Fourneron con aire trágico.

— Pediremos su regreso á todos los santos de la corte celestial, decían las primas.

— ¡Qué crueldad! ¡Haber despedido á esa excelente joven!, decía el presidente del tribunal. Parece que la nueva Sra. Duvernoy es una tigre.

— La tristeza es muy perjudicial para los niños, observaba el médico; la pequeña es débil, delicada y ha tomado muy á pecho la marcha de su aya; hablaré de ello á su padre tan pronto como vuelva.

El capitán de gendarmes decía con aire suspicaz: — No sabemos nada de esa mujer; tal vez hay en su pasado algo que nos permitirá meterla en la cárcel. El Sr. Duvernoy se ha casado con muy poca prudencia.

En medio de tan belicosas disposiciones hizo Bertranda su entrada en Pontarlier; mas por su parte llegaba como triunfador bondadoso, con el alma llena de benevolencia. Como las primeras decepciones de su vida le enseñaron cuán difícil es conservar las conquistas, quería ante todo consolidar aquella, colonizar después de haber vencido; pero tan buenos propósitos no tardaron en pasar por rudas pruebas y desde que se apeó del tren echó de ver la hostilidad.

Aunque Duvernoy anunció su llegada, no encontró en la estación un pariente, ni un amigo, ni un criado, ni siquiera un carruaje. Quiso disculparse con Bertranda, pero ésta le dijo sonriéndole agradablemente:

— ¡Vaya una desgracia! Iremos á pie y punto concluido; ya sabes que soy buena andarina. ¿Hay mucha distancia?

— No, pero Mariana habría debido cumplir mis órdenes y mi tía cuidar de que se cumplieran. Mi casa está enteramente desmantelada; no he podido ocuparme aún de buscar un cochero ni de arreglar mi caballeriza; pero hay carruajes de alquiler y no comprendo...

— No hay mal que por bien no venga; así verá mejor y más pronto mi nuevo reino, esta bonita ciudad en la que voy á vivir contigo.

— ¡Oh!, dijo Fernando; bonita ciudad..., después de haber visto las de Italia y Suiza; después de Venecia, Roma, Florencia; después de la misma Lausana...

— Soy de la raza de César, contestó Bertranda sin dejar de sonreír; prefiero ser la primera aquí que la segunda en Roma.

Siguió adelante, deteniéndose á veces ante el escaparate de una tienda y repitiendo con lisonjero optimismo:

— Pues me parece bien esta población.

Llegaban á la arteria principal y casi única de Pontarlier, esa gran calle á lo largo de la cual está construida la ciudad.

— ¡Es un magnífico bulevar! ¡Cuánto aire, cuánta luz!

Fernando le dió las gracias con una mirada.

— Debes guardar un poco de esa indulgencia para nuestra casa, le dijo; pues la recepción que nos aguarda no será tal como yo hubiera deseado. Nada se ha reinstalado aún; Carlota era la que se ocupaba de todos esos menudos detalles, y su brusca partida..., tal vez hubiera sido mejor...

En aquel momento echaba de menos con todo su corazón á la excelente joven que tan bien sabía apartar de su camino las zarzas y las espinas, hacerle la vida plácida y agradable, velar por su bienestar y anticiparse á sus deseos. Pero vió que Bertranda fruncía el ceño y comprendió que su sentimiento no tenía eco.

— ¿Está situada la casa en este bonito bulevar?

— Sí, ya llegamos.

Se detuvo ante una puerta cochera abierta bajo una ancha arcada.

— La habitación principal está en el fondo del patio, dijo Fernando.

Llamó, pero no acudió nadie. Llamó otra vez, y luego con mano nerviosa, impaciente, empezó á tirar repetidamente de la campanilla. En la arena del patio resonó un paso tardo, y poco después Mariana abrió la puerta.

— ¿Dónde está Claudio?, preguntó Duvernoy con una impaciencia que no pudo reprimir; ¿por qué no es él quien ha venido á abrir, por qué no ha llevado un coche á la estación?

La anciana criada respondió con tono gruñón:

— No tengo yo la culpa de que Claudio se haya retrasado en ir al ferrocarril ni de que no me haya atendido; no tengo yo la culpa de que la señorita Carlota se haya marchado y de que no haya orden ni concierto en la casa. Yo no soy la encargada de abrir la puerta, pues demasiado que hacer tengo en la cocina.

Y los seguía por el patio, murmurando y refunfuñando. Duvernoy se arrepentía de su arranque de impaciencia, porque Mariana era una potencia á la que convenía tener consideraciones.

— Tienes razón, le dijo; he hecho mal en emprenderla contigo.

Luego con tono más suave, casi humilde, añadió:

— Esta señora es tu nueva ama, Mariana; espero que la servirás con el mismo celo y abnegación con que serviste á...

Mordiéndose los labios, pues comprendió que había empezado mal su frase; el nombre de Elena iba á salir fatalmente de sus labios y no quería pronunciarlo. La mirada llena de reproches de la anciana criada le turbaba y le intimidaba. Sin embargo, repuso:

— Con el celo y abnegación con que me has servido siempre.

Bertranda acudió en su auxilio y dijo bondadosamente:

— El Sr. Duvernoy me ha hablado mucho de usted, Mariana; me ha dicho cuánto cariño tiene usted á sus amos, y confío en que también me tendrá usted un poco.

Pero no eran las buenas palabras las que podían ganar la voluntad de la irascible Mariana, la cual dirigió á la intrusa una mirada hostil.

— Por lo que hace al cariño, contestó, si se me pide que olvide á mi difunta señora, diré que no puede ser; por lo que respecta al servicio, conozco mis deberes; pero si la señora no estuviera contenta de mí, no debe tener reparo en decírmelo; mi cofre no está muy lejos.

Al lanzar esta última palabra como la flecha del Parto, se alejó. En casa de los Duvernoy era ya cosa de broma el cofre de Mariana. Hacía treinta años que la buena mujer servía en la casa sin poder dejarla, y apenas transcurrían tres meses sin que amenazara bajar del desván su famoso cofre y esto por los más fútiles pretextos; por un guisado mal hecho, por un poco de humo en la cocina, por un poco de polvo en los fogones, ó por una travesura de Lila. Elena se reía.

— Esta mañana, decía, ha querido Mariana bajar su cofre, pero no ha podido hacerle pasar el umbral del desván.

Pero en aquella ocasión Duvernoy no se reía; comprendía que la amenaza era formal, y la idea de ver partir á la anciana criada le causaba verdadero sentimiento. Así fué que dijo tristemente:

— Ya estás viendo, Bertranda, cómo he tenido ra-

zón en apelar á toda tu indulgencia; esa mujer es de carácter arisco, pero honrada, fiel y servicial.

Ella le contestó dulcemente:

— Haré lo que pueda por granjearme el afecto de Mariana; pero recelo que no lo conseguiré; Carlota no ha perdido el tiempo.

— Pues qué..., ¿supones que Carlota?..

Bertranda se encogió de hombros con fingida mansedumbre.

— ¡Qué quieres! La pobre institutriz ha visto de tal modo frustrada su esperanza... No hay que tenerla por eso mala voluntad, y le perdono de todo corazón las dificultades que me ha creado.

— ¡Qué buena eres, Bertranda!, exclamó Fernando.

Y con voz dura añadió:

— Pues yo no se las perdono.

— ¡Ea, no hablemos más de ella! Déjame admirar todo esto. ¡Qué bonita es tu casa!

— Nuestra casa, dijo él tiernamente.

Ella repitió:

— Nuestra casa.

La planta baja de la casa no contenía más que una habitación; un salón muy espacioso sostenido por columnas. El pintor lo había convertido en un verdadero museo; las paredes estaban llenas de pinturas al fresco que producían la ilusión de arboledas, verdura y bosquecillos; impresión acentuada aún más por las palmeras y lataneros colocados con artística inteligencia. Bajo su follaje se destacaban estatuas de mármol, bronces preciosos, jarrones de pórfido, ánforas antiguas: todas las riquezas artísticas compradas por el pintor en sus diferentes viajes hallaban en aquel salón un sitio propicio para que resaltara su belleza; también había muebles antiguos muy raros, descubiertos en algunas aldeas, sillones de coro de iglesia curiosamente esculpidos, un antiguo facistol que servía de pupitre, y luego escaparates llenos de objetos menudos, de cachivaches preciosos.

Bertranda se paraba admirando y mirándolo todo. Él la dejaba entregada á su contemplación y mientras tanto se iba disipando la impresión penosa de la llegada.

La joven se detuvo ante un pequeño cuartito, una especie de nicho practicado junto á una de las grandes ventanas del salón, á través de cuyas vidrieras la mirada penetraba en el jardín.

— ¡Oh!, exclamó; retengo este sitio para mí; será muy grato sentarse, leer, trabajar aquí.

— Era el sitio predilecto de mi pobre Elena.

No dijo más; por los ojos de la nueva esposa pasó una nube.

Y sin embargo, Bertranda afirmaba en Roma que no le obligaría á olvidar á Elena, que de buen grado hablaría de ella con él: ¿por qué, pues, cuando apenas hacía una hora que estaba en Pontarlier, se sentía disgustado como el hombre que acaba de cometer una grosería ó una inconveniencia siempre que el nombre de Elena acudía á sus labios? Pero en aquella ciudad donde Elena había vivido, en aquella morada llena de su recuerdo, ¿la hubiera podido olvidar?

— ¿Te parece que subamos ya al primer piso?, preguntó á Bertranda.

Subieron despacio; en las paredes de la escalera había bocetos, estudios, croquis, ante los cuales no podía pasar aquella sin pagarles un tributo de admiración.

Había arriba un espacioso vestíbulo; una especie de galería ricamente adornada que dividía la casa en toda su longitud.

— Por este lado, dijo Fernando, están la sala, el comedor y la despensa; por este otro, mi cuarto, el tuyo, mi querida Bertranda, y el de Lila. ¿Quieres ver la sala?

En el momento de hacerla entrar en la habitación de Elena, le sobrecogió un tímido pudor.

Ella se prestaba sonriente al examen detenido de cada cosa, evaluando con mirada experta aquel lujo de buena ley. Cuando penetró por fin en la habitación que le estaba destinada y sus pies hollaron la alfombra de Oriente y su esbelto talle se reflejó en la luna de Venecia, lanzó un grito de satisfacción, y echando los dos brazos al cuello de su marido le dijo:

— Fernando, tu casa es un verdadero paraíso, y voy á ser aquí tan feliz como una reina.

¡Ah! Él no podía asociarse á aquel arranque de alegría; había llegado la hora tan temida. Lila no se había presentado á su llegada. Otras veces acudía á recibirle tan alegremente después de la más breve ausencia... No podía pasar más tiempo sin preguntar por ella; llamó y se presentó una camarera.

— ¿Dónde está la señorita?, preguntó.

— Encerrada en su cuarto.

— Avisale que la aguardo aquí.

La camarera volvió sola; Lila se negaba á obedecer. Duvernoy comprendía la necesidad de domeñar á aquella rebelde, pero vacilaba en presentarse delante de su hija; recelaba sus violencias, sus protestas, y le habría sido preciso reñir y castigarlas. ¡Qué triste regreso!

Bertranda puso una mano en su brazo y le dijo: — Fernando mío, si mi presencia en tu casa debe ocasionarte tan gran disgusto, saldré de ella para no volver jamás.

Por la mirada de espanto que él la dirigió, comprendió que había dado en el blanco.

— ¿Quieres dejar este asunto de mi cuenta?, le preguntó. Concédeme tu autorización y confío en traerte en menos de una hora á Lila sometida.

Fernando exhaló un suspiro de alivio.

— Eres bonísima, querida Bertranda, pero temo que no lograrás tu objeto.

— Allá veremos.

La huérfana estaba llorando en su cuarto cuando sonó un golpecito en la puerta, seguido de una voz que pronunció estas palabras muy quedo:

— Abre, Lila, lo quiero.

Aquella voz contenida tenía un acento tan autoritario que la niña se enjugó el llanto y abrió. Bertranda entró con ese modo de andar felino que le era peculiar. Cogió á Lila de la mano y clavando una mirada insistente en sus ojos francos, en los que se leía una indiscutible aversión, le preguntó:

— ¿Quieres quererme? ¿Accedes á que te quiera?

La niña hizo un brusco movimiento y se echó atrás.

— ¡La aborrezco á usted!, contestó con vehemencia. Ha despedido usted á mi buena Carlota, me ha quitado usted á papá: la aborrezco y la aborreceré siempre.

A los delgados labios de Bertranda asomó una sonrisa desdeñosa. Aquella explosión de odio le agradaba, porque una enemiga apasionada es más fácil de vencer. Sentóse, hizo con la mano un ademán que imponía silencio, y friamente, sin una palabra de reconciliación ó de queja, dijo:

— Pobre niña, desde que nos conocemos hace seis meses siempre ha habido entre nosotras una hostilidad sorda, ¿no es verdad? Querías cerrarme la puerta de esta casa y para ello has apelado á las lágrimas, á las súplicas, á la cólera; pero has quedado vencida porque todavía no tienes fuerza ni edad para luchar conmigo. Hay, pues, que resignarse, Lila. A pesar tuyo, he entrado en la familia, y en ella permaneceré también á pesar tuyo, y si no eres obediente... (la voz adquirió las notas secas y breves del martillo que cae sobre el yunque), podría muy bien suceder que te hiciera salir de esta casa como he hecho salir á Carlota. Te hablo como á niña inteligente que puede comprenderme. Escucha: mi deseo consiste en vivir aquí en buena armonía con todo el mundo, pero sobre todo contigo. Has dicho que me aborrezcas; enhorabuena; no reclamo tu cariño; no sustituiré á la madre que has perdido, ni siquiera á tu aya. Cuando estemos solas puedes mirarme como me miras en este momento con ojos de iracunda saña; pero delante de los extraños, de los criados y especialmente delante de tu padre, exijo que me des muestras de respeto y deferencia; exijo que me des también el nombre de madre.

Su voz imperiosa se iba haciendo más y más dura; calló un momento, y en seguida, suavizando de pronto su acento, continuó:

— No te pido únicamente en mi obsequio ese sacrificio, ó mejor dicho, ese disimulo de tu odio, sino en el de la felicidad de tu padre, de ese padre á quien dices que adoras cuando en realidad le atormentas cruelmente. Para que él sea venturoso entre las dos, he sido yo la primera en venir á tenderte la mano. No te exijo una respuesta inmediata; dentro de una hora llamarán á comer; invierte este tiempo en pensarlo; si consientes en aceptar lo que ahora es ya un hecho consumado, cuando volvamos á presencia de tu padre, me darás un beso, el único que te pediré en mi vida.

Dicho esto, se levantó y salió como había entrado, con la misma mirada é idéntica sonrisa.

La huérfana volvió á llorar más copiosa y amargamente que antes.

Una extraña hablaba como soberana en la casa de su padre y le dictaba leyes; predecía desdeñosamente su vencimiento y le ofrecía un insultante perdón.

No cuadraba al carácter de la impetuosa niña eso de resignarse sin luchar. ¿Para qué reflexionar? ¿Para qué esperar una hora? Su padre estaba allí, y él era el amo, el juez, el protector á quien nunca había recurrido en vano: sin duda la defendería y haría comprender á aquella madrastra que el amor de padre

es más poderoso que el amor de esposo. Se enjugó de prisa los ojos y se encaminó resueltamente á la habitación de su padre.

Mas ¡ay! á la primera mirada que le dirigió se desvanecieron sus ilusiones. El pintor, inquieto, dominado por un malestar evidente, miraba á la pobre niña con una expresión dura y tímida á la vez, que ella jamás había notado en su semblante. En cambio Bertranda se llegó á ella, cariñosa y maternal.

— Acércate, hija mía, le dijo; ¿vienes á darme un beso, verdad?

Y Lila, sin aliento, dejó que los labios de su madrastra se posaran con frialdad en su frente, mientras Duvernoy exclamaba con voz alegre:

— Está visto que eres una hechicera, querida Bertranda: lo que acabas de hacer es un milagro.

Un poco más tarde, la niña, sola en su cuarto, se entregaba á su amarga desesperación. Ya no escribía á su padrino, ni siquiera á su buena Carlota; sobre ella pesaba una humillación, sentía en su alma el bochorno de las capitulaciones. Pensaba que había sido débil y cobarde, que al aceptar aquel beso había abandonado la causa de su aya y renegado de su madre; pero también pensaba y lo presumía demasiado, que lo mismo sucedería los días y aun los meses y los años siguientes; que estaba vencida, que no tendría ánimo para rebelarse y ni siquiera la virtud de la resignación.

XIX

No cabía duda de que Bertranda acababa de conseguir una victoria, pero bien escasa en resultados: ningún monarca envidiaría un reino compuesto de esclavos sometidos por el terror ó de súbditos rebeldes.

La liga de familia se presentaba formidable, y Bertranda conoció que esta liga existía desde sus primeros pasos en Pontarlier. En todas partes resonaba en su oído el nombre de la simpática y sentida Carlota; aquí alegremente, como una música; allá lúgubremente, como el toque de difuntos. La señora Fourneron exhaló sus rencores; las primas acentuaron su glacial urbanidad, como una muralla inexpugnable; en los amigos se reflejó esta triste acogida, pues la tía y las primas habían puesto en juego todas sus influencias contra Duvernoy. No es posible la neutralidad en las pequeñas poblaciones; hay que tomar partido en pro ó en contra, y la ciudad entera lo tomó contra Bertranda.

La Sra. Duvernoy entró en su casa desalentada. Cualquiera otra habría abandonado la lucha, vuelto á su vida errante ó buscado una residencia más hospitalaria. Examinó las dos alternativas y en ambas encontró graves objeciones.

El ojo del amo es necesario para la administración de los bienes inmuebles; la renovación de los arrendamientos, la conservación de las casas, la explotación de los montes exige una vigilancia casi constante. Los intereses materiales, largo tiempo descuidados por el pintor, padecían en realidad. Por otra parte, el género de vida errante tenía uno de los peores defectos á los ojos de Bertranda. «Piedra move-diza, nunca moho la cobija,» dice el refrán, y ella necesitaba musgo que la cobijara. Era de las que aprovechan las lecciones de la experiencia. Había sido cigarra en la primavera de su vida, y le fué mal; llegado el verano, la cigarra se volvía hormiga y aspiraba á llenar sus graneros. Las rentas de Fernando, aquellos sesenta mil francos bien administrados, podían proporcionar importantes economías. Estudió, pues, la cuestión, se convenció de que la mitad de esta suma podía bastar para pasar una vida desahogada y fácil y aun para deparar la supremacía en aquella población de pocas necesidades, y el resto de la renta se iría acumulando.

Bertranda conocía ahora la significación de estas palabras inscritas en los contratos de casamiento: comunidad de bienes reducida á los gananciales. Mas para ello era menester vivir en Pontarlier la mayor parte del año, desarmar rencores, destruir preven-ciones, luchar con su ingenio, con su belleza, su sutileza y su astucia contra una población hostil, contra una familia que la rechazaba. Decidióse á ello, y para trazar su plan de campaña, se relegó al retiro más absoluto, observó y esperó. No era esto lo que quería la liga: había jurado rechazar á la enemiga, pero no tener que asaltarla en sus propios reductos.

Para todas aquellas ásperas curiosidades provincianas reducidas á tener tan poco que comentar, Bertranda era una presa ardentemente apetecida. Verdad es que se deseaba inferirle toda clase de ultrajes; mas para hacerlo, era preciso que se exhibiese. Y sin embargo, aquella presa no se exponía á los ultrajes ni á los desaires; se encerraba en su casa, de la cual únicamente salía los domingos para ir á

misa, y el resto de la semana se dedicaba á los quehaceres domésticos, como lo hubiera hecho cualquier burguesa modestamente educada en un convento.

Valía la pena de ser una Dalila ó una Dánae para portarse de un modo tan edificante. Decididamente aquella mujer que frustraba todas las presunciones debía faltar á la probidad más elemental. Pero en vano interrogaban á Mariana, pues ésta, á pesar de su mala voluntad evidente, no podía formular ningún cargo contra su nueva señora, y Lila, fría y triste, se limitaba á contestar:

— No la quiero ni la querré nunca.

La Sra. Fourneron enrojecía de cólera y las dos Lezines se ponían pálidas de indignación. No se encontraban una y otras sin hacerse siempre la misma pregunta: «¿La ha visto usted?» y la respuesta era constantemente negativa, uniforme y desesperante: la Sra. Duvernoy no hacía ninguna tentativa para forzar las puertas que se habían cerrado ante ella.

Las cosas no podían continuar así; y á consecuencia de un conciliábulo secreto celebrado en casa de la Sra. Fourneron, quedó resuelto que Santiago de Sommieres, cuyo regreso esperaban, sería enviado á practicar un reconocimiento para husmear las tretas de la enemiga y sondear sus planes.

Santiago regresó por fin á lo que él llamaba una condenada bicoca. No llegaba de muy buen humor; pues sus galanteos con la americana le habían hecho penetrar muy adelante en el país de la ternura, demorar su estancia en el pueblo de las atenciones delicadas, bajar con rapidez por la cuesta de los obsequios, conduciéndole ante el gran barranco que era preciso franquear por el puente del matrimonio para llegar al oasis de la ventura perfecta. Pero allí el viejo corcel refractario se había encabritado negándose á enfilarse el puente. De aquí siguióse una



— Tranquízate, querida mía, no te des mal rato...

discusión viva y luego una riña; y la americana, perdido el tiempo con sus *pull up* y sus latigazos, tuvo que ponerse en busca de un tiro menos recalcitrante.

Santiago volvió, pues, mohino y chasqueado, echando pestes de los puentes, de los barrancos, de los galanteos y de las americanas. En medio de sus imprecaciones le sorprendió de improviso la señora Fourneron cuando aún estaba ocupado en abrir sus baúles.

— ¿No sabes lo que pasa, querido sobrino?, le dijo. Que se ha casado con ella.

Santiago exclamó con voz tonante: — ¿Cómo lo sabe usted? ¿Quién se ha casado con ella? ¿El ruso ó el inglés?

Maldito si pensaba en Bertranda.

— ¿Que quién se ha casado con ella? ¿Acaso Fernando no te ha participado su boda?

— ¡Ah! ¿Habla usted de Fernando?

Y recordando sus cuerdas resoluciones, añadió:

— ¿Y qué quiere usted que le haga? Me lavo las manos.

— Antes de marcharte mostrabas más celo por los intereses de la familia. Contábamos contigo para averiguar qué clase de mujer es esa, ya que tanto conoces á las bribonas.

— ¡Oh! En cuanto á eso, está usted en lo cierto: las conozco mucho; pero he jurado no ocuparme de esa.

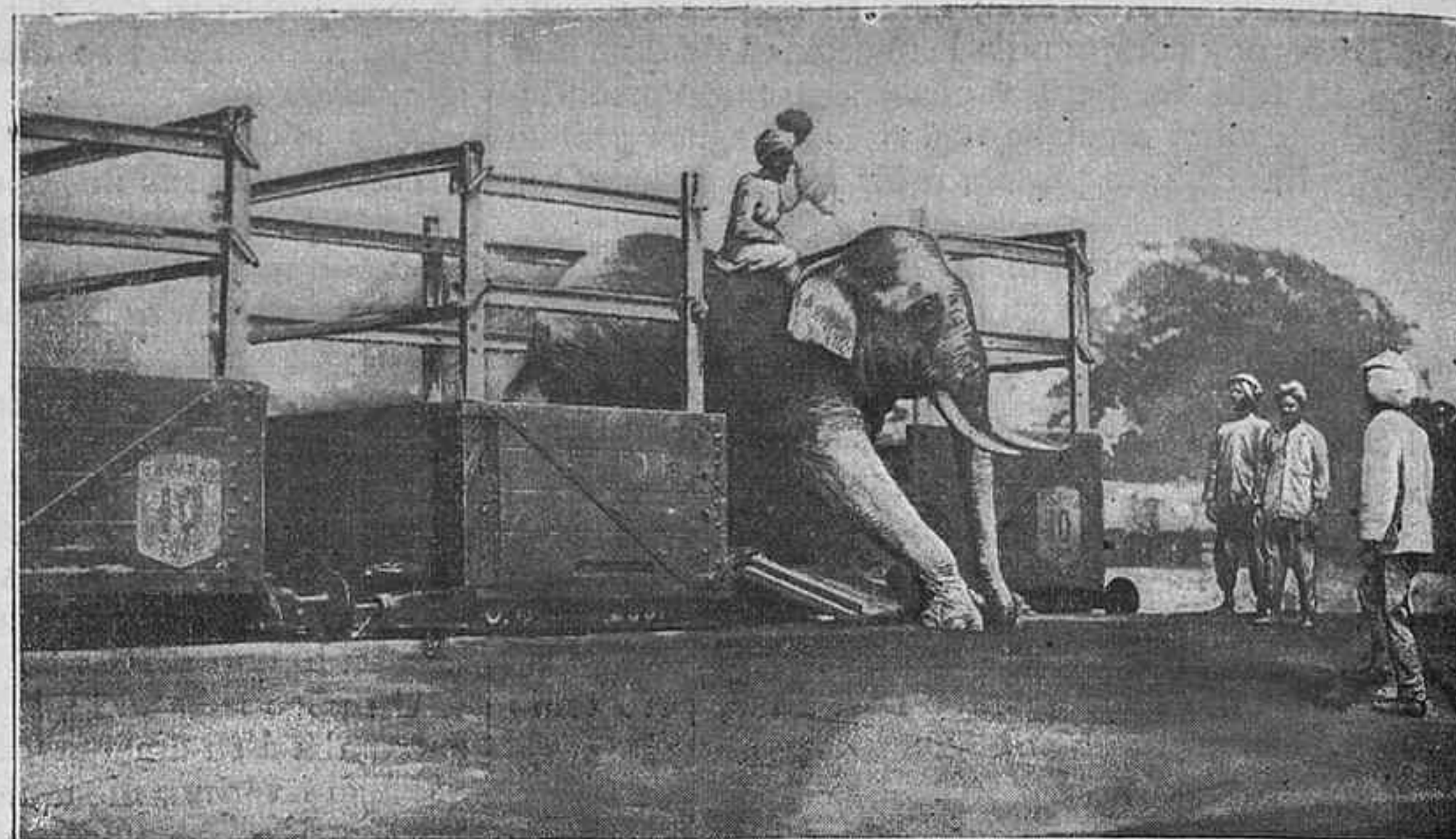
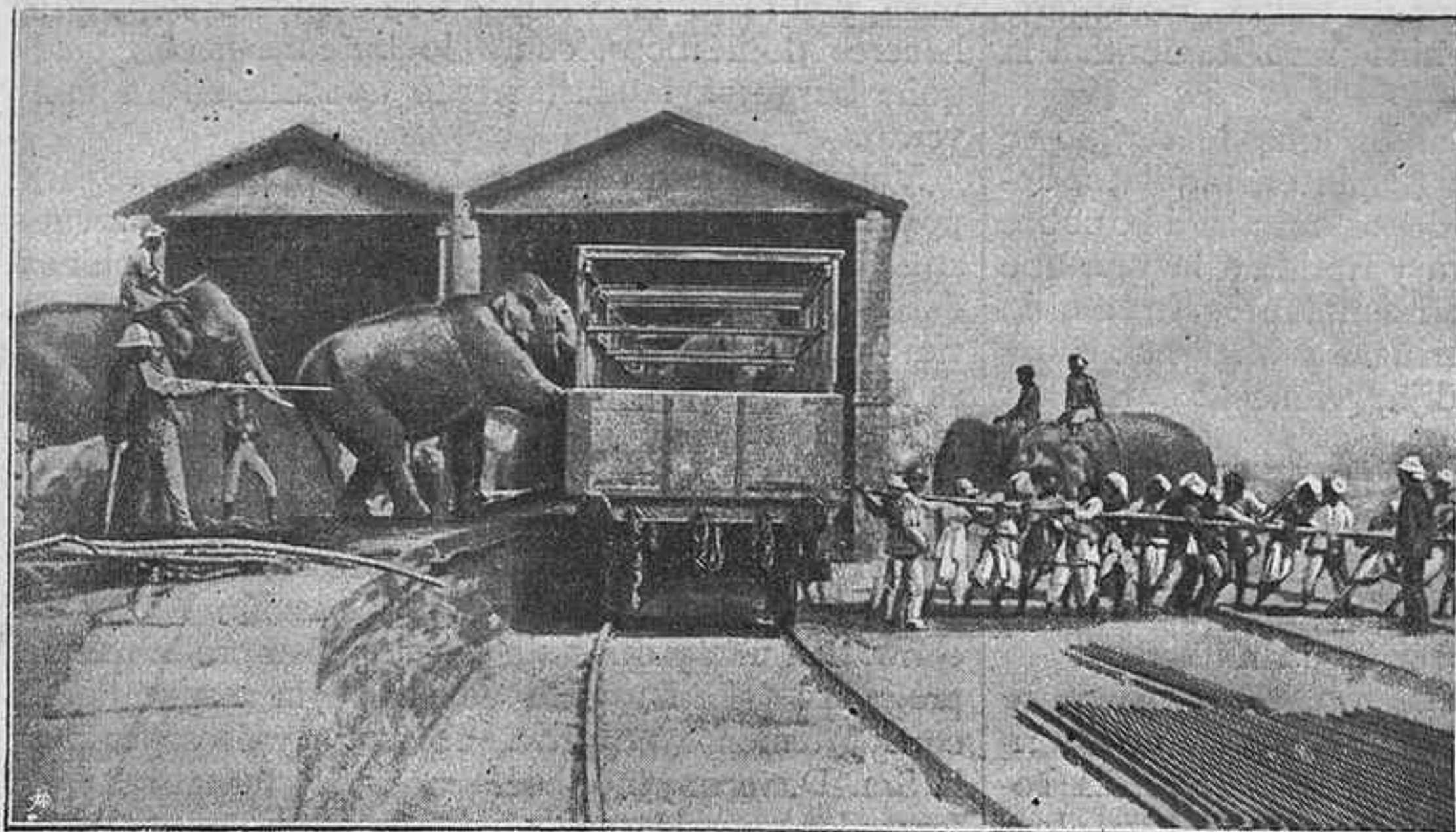
— ¿Por qué?

— Porque..., porque... Vamos á ver: ¿qué tiene usted que reprocharle?

La Sra. Fourneron repasó mentalmente los cargos.

— ¿No ha hecho que se case con ella nuestro primo?

(Continuará)



EMBARQUE Y DESEMBARQUE DE ELEFANTES EN UN TREN

TRANSPORTE DE ELEFANTES EN LA INDIA

Como puede verse por los grabados incluidos en esta página, el transporte de elefantes por tierra ó por mar no se efectúa sin grandes dificultades.

El elefante es un animal inteligente. El vulgo en la India cuenta muchas historias acerca de ellos, siendo la más conocida la de uno que habiendo sido pinchado en la trompa por un sastre, corrió á llenarse este apéndice de agua sucia y volvió adonde estaba su agresor para rociarle con ella, y también la del elefante que arrancó la rueda de un carro de artillería para evitar que aplastara á un soldado.

Estas historias y otras por el estilo son hijas de la imaginación popular, pero esto no quiere decir que tan corpulentos animales no presten servicios en los que se revela su inteligencia.

Nuestros dos primeros grabados representan la operación de embarcar y desembarcar elefantes en un tren del ferrocarril de Madrás, y en la segunda, esto es, cuando se hace salir del vagón á uno de ellos, parece el animal asustado, poniendo con cuidado su ancho pie en el tablón de goznes que al caer le permite pasar al andén, y haciendo como un reconocimiento del terreno para evitar una caída. Para meter en un vagón á un elefante, se le ata una de las patas delanteras una cuerda de la cual tiran algunos indígenas, mientras que otro elefante domestica-

do procura disipar su natural vacilación empujándole suavemente por detrás con sus colmillos. Los elefantes representados en el grabado debían haber sido cogidos en estado salvaje en sus bosques natales un

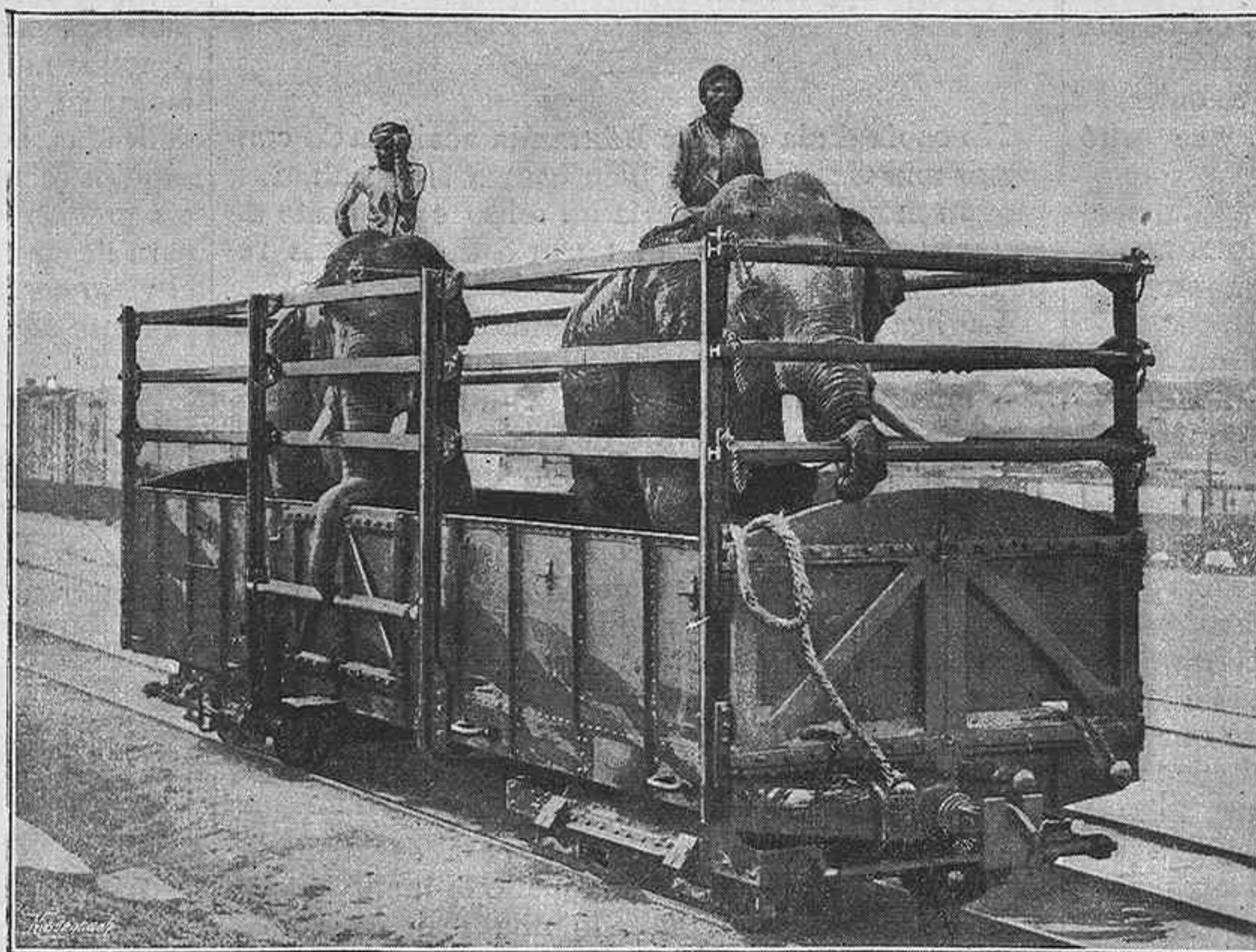
tido en un vagón abierto de un tren, sacó fuera la trompa en el momento en que el convoy se ponía en marcha dentro de la estación y arrancó el turbante de un vigilante con gran asombro de este empleado.

En algunos vagones se ponen barrotes de hierro ó rieles viejos para impedir que los mismos elefantes se hagan daño unos á otros ó á los empleados de la vía férrea.

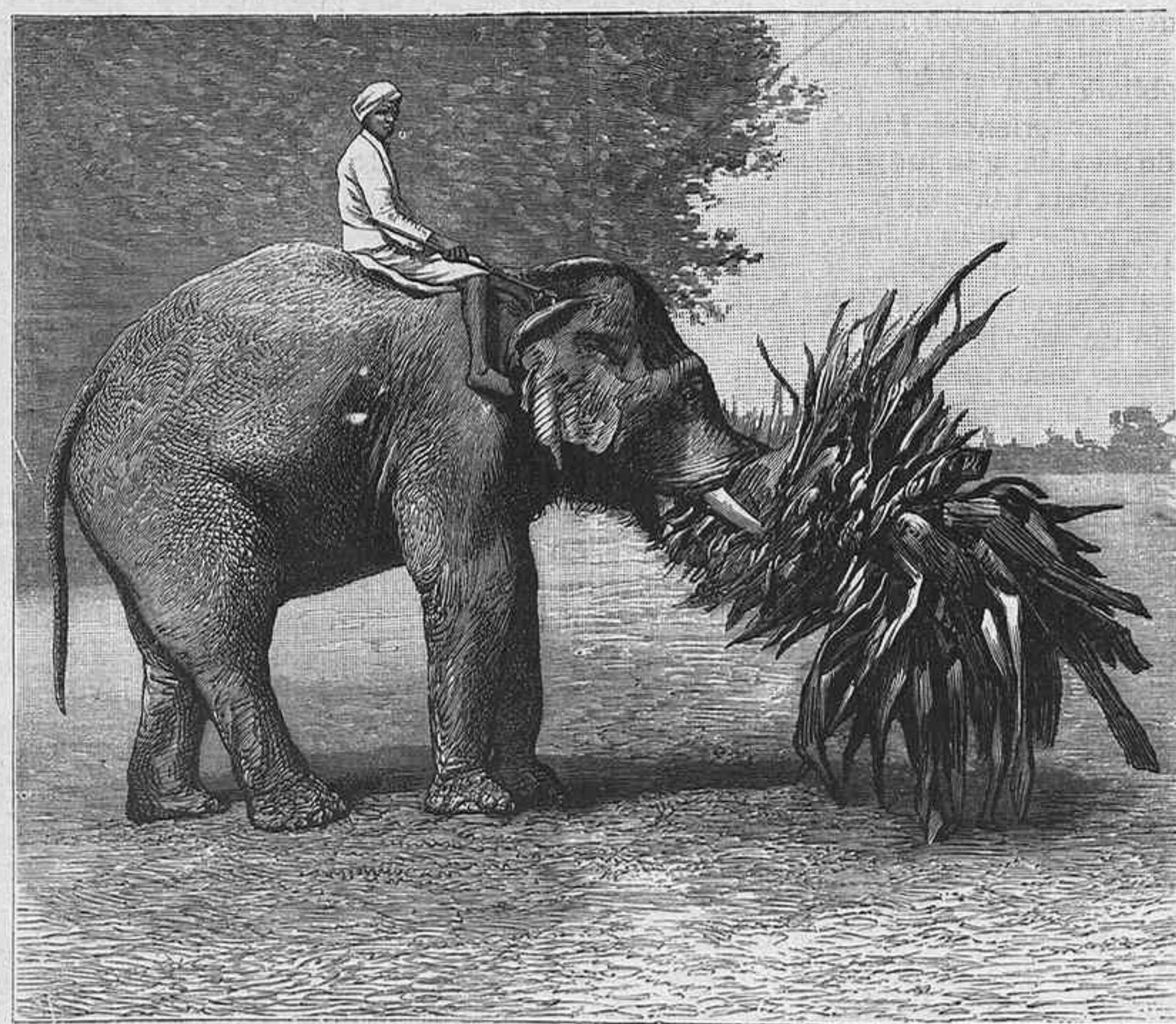
El elefante puede llevar una cantidad de su propio alimento suficiente para algún tiempo. Uno de nuestros grabados lo representa con la trompa y colmillos cargados con una gran provisión de hojas de palma.

Cuando se transportan por mar estos animales, se los sujeta con una fuerte cuerda de cáñamo y se los mete en una barcaza para trasladarlos al buque de vapor. Los elefantes son consumados nadadores, y para ellos significa poca cosa nadar por espacio de seis ú ocho millas sin descansar. Unos cuantos enviados desde Birmania al difunto maharajah de Mysore fueron desembarcados en Madrás en una barcaza; pero no cabiendo todos en ella, echaron al agua los restantes, que llegaron nadando hasta la playa.

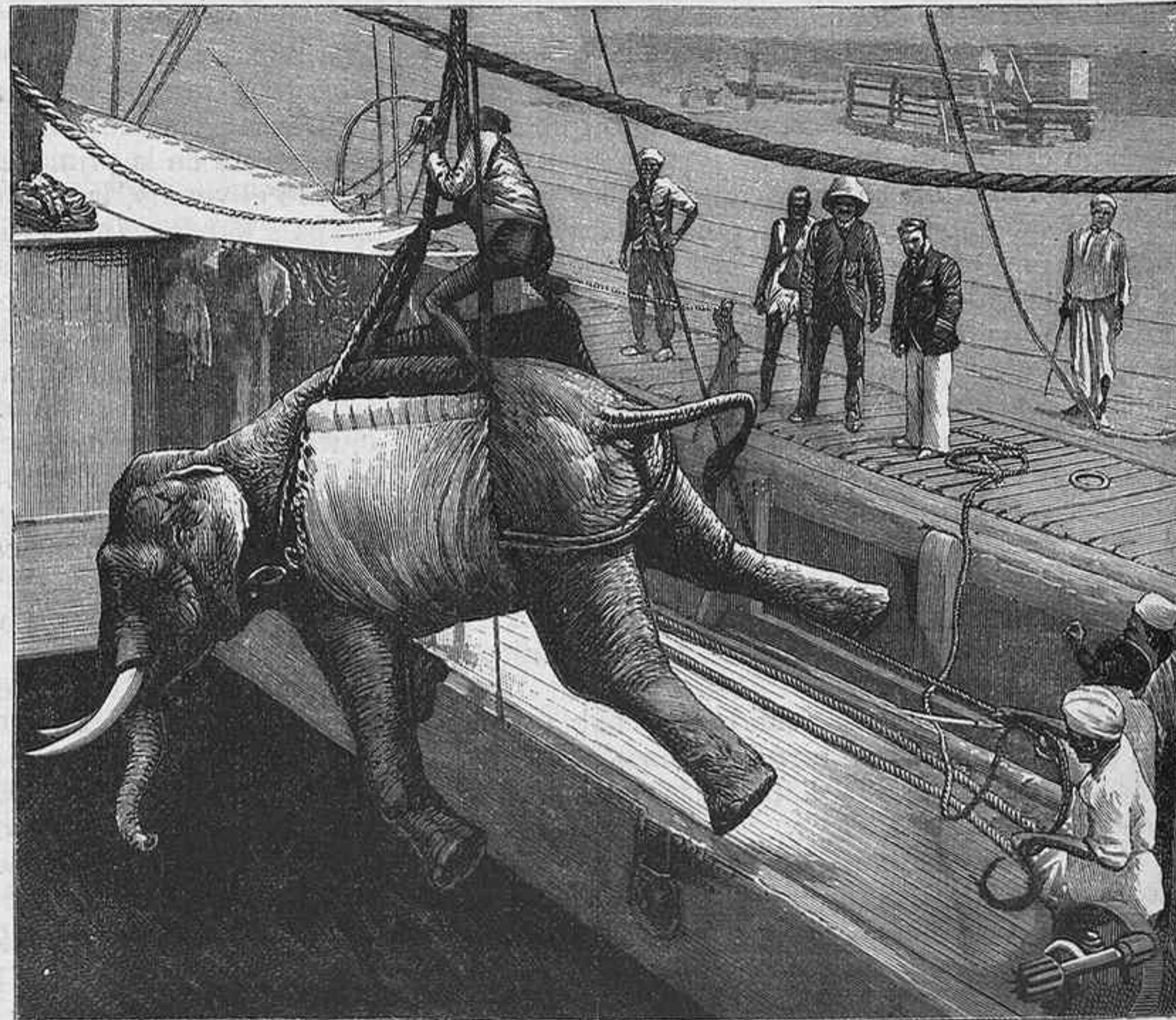
El elefante para nadar se hunde en el agua menos aún que los otros cuadrúpedos, ventaja que debe á la redondez de sus formas y á la capacidad de su pecho. Como saca la trompa al aire á fin de respirar, puede sumergirse sin sofocarse, y se lanza al agua y desaparece bajo la superficie con el mayor placer.



SISTEMA DE CONDUCCIÓN DE ELEFANTES EN UN TREN



UN ELEFANTE LLEVANDO HOJAS DE PALMA PARA SU ALIMENTO



EMBARQUE DE ELEFANTES Á BORDO DE UN VAPOR

TRANSPORTE DE ELEFANTES EN LA INDIA

No es difícil domar al elefante: al cabo de tres días comienza á comer bien, y se le da entonces por compañero un individuo doméstico. Dos hombres le acarician el lomo, hablándole con dulzura: al principio está furioso, y golpea en todas partes con su trompa; pero allí hay algunos hombres que le oponen la punta de sus picas, hasta que dicho órgano recibe tantas heridas, que el animal no se sirve ya de él como arma ofensiva, aprendiendo además á temer el poderío del hombre. Los elefantes domésticos contribuyen entonces á perfeccionar la enseñanza, y á las tres semanas se consigue que se eche en el agua apenas ve el extremo de la varilla de hierro con que se le ha pegado tantas veces.

Difícil es curar las heridas que hacen las cuerdas más suaves en el pie del paquidermo; la supuración de las llagas persiste mucho tiempo, y sucede á menudo que hasta pasados algunos años no permanece tranquilo el elefante cuando se le toca el pie.

Parece que la talla no influye en la duración de

la enseñanza; pero es mucho más difícil adiestrar á los machos que á las hembras. Los que resisten más al principio son los que se doman mejor y más fácilmente, y suelen ser mansos y dóciles; más tiempo se necesita para dominar á los que son falsos ó ariscos, y rara vez se puede uno fiar de ellos.

De todos modos, no se debe tener completa confianza en un elefante, pues los más mansos se dejan llevar á veces de accesos de furor y se muestran coléricos y vengativos después de algunos años de obediencia.

Al cabo de dos meses por término medio es ya inútil la presencia de los individuos domésticos y puede el hombre montar sobre el animal. A los tres ó cuatro se le empieza á utilizar para trabajar; pero no debe uno adelantarse mucho, pues ha sucedido con frecuencia que un elefante de mucho valor, cargado por la primera vez, se echase para morir, «roto el corazón y sin que sepamos la causa,» según dicen los indígenas.

El elefante es más ingenuo que prudente: su inteligencia no llega á la astucia; la rica naturaleza que le rodea le ofrece abundante alimento, dispensándole de poner en juego todas sus facultades, y observa un género de vida tan tranquilo como inofensivo. Al primer golpe de vista pudiera creer el observador que se halla ante el más estúpido de los seres; pero cuando el temor se apodera de él, obligándole á reflexionar, no hay animal alguno que le aventaje.

Equívocadamente se ha calificado de terrible á este animal: es manso y pacífico; vive en paz con todos los seres; no acomete jamás á nadie si no se le excita, y evita cuidadosamente á todos los animales, por pequeños que sean. Todos los relatos que han circulado acerca de luchas entre este paquidermo con el rinoceronte, el león y el tigre, deben relegarse al dominio de la fábula, sin excepción alguna: un carnicero se guardará muy bien de acometer al monstruoso animal, y éste no da motivo á ningún otro ser para encolerizarse ni vengarse. — X.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE LAS DE APIOL DE LOS JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT, PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGAS

APIOLINA CHAPOTEAUT
 NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL

Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la

SALUD DE LAS SEÑORAS
 PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor éxito

Gélicas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
 El más eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empebrocimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París

Ergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el más PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodérmica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.
 Medalla de Oro de la S^{ta} de F^{ta} de París
 LABELONYE y C^{ta}, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE al **Bromuro de Potasio**

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S^{to}-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fabrica, Especiecion: J.-P. LAROZE & C^{ta}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

EL APIOL de los Dres **JORET Y HOMOLLE** regulariza los MENSTRUOS

CEREBRINA
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS JAQUEGAS y NEURALGIAS
 Suprime los Cólicos periódicos
 E. FOURNIER Farm^a 114, Rue de Provence, à PARIS
 La MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Desconfiar de las Imitaciones.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D^{to} CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones Internacionales de
 PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
 DISPEPSIAS
 GASTRITIS - GASTRALGIAS
 DIGESTION LENTAS y PENOSAS
 FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
 ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
 VINO. de PEPSINA BOUDAULT
 POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
 PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PILDORAS y JARABE de **BLANCARD**
 con Ioduro de Hierro inalterable
 CONTRA
 la Anemia, la Pobreza de la Sangre, la Opilacion, la Escrófula, etc.
 Exigirse el Producto verdadero con la firma BLANCARD y las señas
 40, Rue Bonaparte, en París.
 Precio: PILDORAS, 4 fr. y 2 fr. 25; JARABE, 3 fr.

El único Legítimo
VINO DEFRESNE
 con PEPTONA
 es el más precioso de los tónicos y el mejor reconstituyente.
 PARIS: 4, Quai du Marché-Neuf
 Y EN TODAS FARMACIAS.

Agua Léchelle
 HEMOSTÁTICA. — Se receta contra los flujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los espantos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURTELoup, médico de los hospitales de París, ha comprobado las propiedades curativas del Agua de Léchelle en varios casos de flujos uterinos y hemorragias en la hemotisis tuberculosa. — DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en París.

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
 Depósito en todas las Farmacias
 PARIS, 31, Rue de Seine.

REMEDIO de **ABISINIA EXIBARD**
 En Polvos y Cigarrillos
 ALIVIA y CURA CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION
ASMA
 y toda afeccion Especial de las vias respiratorias.
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata
 J. EXIBARD y C^{ta}, 102, R. Richelieu, París.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero.) Para los brazos, empleese el PATE OMBLÉ DUSSEY. 1, rue J.-J. Rousseau, París.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

PLAN NUEVO DE EDUCACIÓN COMPLETA PARA UNA SEÑORITA AL SALIR DEL COLEGIO, por la *Viscondesa de Barrantes*. — Con ser tan difícil el problema de la educación femenina, bien puede afirmarse que la aristocrática autora de la obra que nos ocupa ha logrado darle una solución completa. La Excm. señora Vizcondesa de Barrantes trata con gran talento y valentía las cuestiones sociales con tan interesante asunto relacionadas y traza con mano segura el camino que han de seguir las futuras generaciones. El libro, impreso en Madrid, se vende en casa de la autora (Ferraz, 64, Madrid) y en las principales librerías al precio de una peseta, y el producto de la venta se destina á beneficio de los soldados que llegan mutilados de la guerra y de sus familias.

EL FONDO DE MI CARTERA, por *José Lamarque de Novoa*. — El notable poeta sevillano señor Lamarque de Novoa, cuyo nombre es bien conocido en el mundo de las letras, ha publicado con el indicado título una colección de poesías de diversos géneros, en las que resplandecen los más nobles sentimientos y las ideas más sanas: el amor á



LA VIRGEN EN ADORACIÓN,
fragmento del cuadro de Fra Filippo Lippi, existente en la galería de los Uffizi de Florencia

la religión y á la patria, el más acendrado cariño al hogar doméstico, la censura más enérgica contra los vicios sociales. Unase á este fondo eminentemente bueno una forma bellísima y se tendrá una idea de lo que es esta obra, que además de las poesías originales contiene algunas preciosas traducciones de Tasso, Guarini, Maffei, Lamartine, Rousseau y Xavier da Cunha, y que ha sido impreso en Sevilla en la imprenta de E. Rasco.

**

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Revista Contemporánea, revista quincenal madrileña de Ciencias, Artes, Letras, Ingeniería y arte militar; *El Monitor de las Exposiciones*, edición española del «Moniteur des Expositions», órgano de la exposición de París de 1900; *Revista de la Unión ibero-americana*, publicación mensual madrileña; *Bilbao marítimo y comercial*, revista semanal bilbaína; *Boletín mensual demográfico de Montevideo*, publicado por la Dirección general del Registro Civil del Uruguay; *El Heraldo*, diario de Cochabamba (Bolivia); *El Vocero*, periódico quincenal de Zipaquirá (Colombia); *Boletín del Instituto americano de Adrogue* (República Argentina), publicación mensual; *El Ateneo Nicaragüense*, revista mensual de Literatura, Ciencias y Artes, de León (Nicaragua).

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

CIGARROS FUMOUZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
EXIJA EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS DRES JORET-HONOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
FR. BRIANT 150 R. RIVOLI
PARIS
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.



GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — Precio: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PILDORAS DE REDUCCION DE MARIENBAD
OBESIDAD
tratada con éxito desde hace 30 años con las
Paris 8, rue Vivienne En las principales Farmacias
del D. SCHINDLER-BARNAY, consejero imperial
Son también muy eficaces para combatir el estreñimiento y purgan con suavidad y sin cólicos.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio por los profesores Leónnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de abacoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR
Depurativo SIMPLE, Exclusivamente vegetal
Prescrito por los Médicos en los casos de
ENFERMEDADES CONSTITUCIONALES
Acritud de la Sangre, Herpetismo, Acne y Dermatitis.
CH. FAVROT y C^{ia}. Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS. Todas Farmacias de Francia y del Extranjero.

VINO AROUD
MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR prescrito por los MEDICOS.
DOS FÓRMULAS:
I — CARNE-QUINA
En los casos de Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos Febriles é Influenza.
II — CARNE-QUINA-HIERRO
En los casos de Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Fiebres de las colonias y Malaria.
Estas dos fórmulas existen tambien bajo forma de Jarabes de un gusto exquisito é igualmente muy recomendadas por el mundo medical.
CH. FAVROT y C^{ia}. Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS, y en todas Farmacias.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN